

La Gaceta Literaria

íberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

Periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION ANUAL

España y Países del Convenio postal Hispano americano... 1,50 pesetas
Extranjero... 10,00 -

ANUNCIOS DE TARIFA

75 pts. la línea del cuerpo
Pósters de suscripción
Descuentos: trimestre, 10%
- semestre, 15%
- anual, 20%

Madrid, 1 de Diciembre de 1931 Núm. 119

Redacción y administración

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones en las principales librerías

El Robinsón literario

de España

(o la República de las Letras)

Núm. 4



la pacto ad interna deic edunt an 2

Número especial

redactado íntegramente

por **Erneslo**

Giménez Caballero

Mi noche celular

Como los gusanos de seda van tejiendo su propia celda; y como los anacoretas de la Tebaida tejían la suya con el barro de su penitencia—así voy yo clausurando, en cada rasgueo de mi pluma—seda y barro—mi propia noche, mi envoltura celular.

La noche celular fué el principio—y no el fin—de todo día. Aurora y nunca ocaso.

Cuando se pulverizó el mundo antiguo—minado de barbarie y minado de escépticos—nació el alba cristiana, la comunidad nueva de los hombres, sólo a través de noches celulares; singulas, indivisas, robinsónicas.

La revolución cristiana no edificó su templo nuevo sobre las ruinas del antiguo, hasta que los mejores héroes de sus falanges no se desunieron, no se apartaron, no se marcharon al desierto, no se acogieron al sistema celular, a noche de soledad y de caverna, a actitudes estilistas sobre páramo egipciaco.

La nueva humanidad que se engendró—sobre el mundo antiguo—tuvo que nacer cómo todo organismo nace: de una morfosis elemental: de una célula; de lo celular.

Los anacoretas de Nitria fueron campo de cultivo celular del laboratorio cristiano.

Primero: *el eremita*. (Primero la pura noche celular.) Después: *las celdas-lauras* (después la yuxtaposición de células ermitañas). Finalmente: *el convento*. (Finalmente, la creación apicular, compleja, el panel, el organismo funcional de las órdenes monásticas.)

Lo monástico. La mónada en ascesis. La noche celular en función.

Por algo los primeros héroes de la anacoresis se llamaron: los *terapeutas*.

Había que curar el mundo, reduciéndolo a soledades de laboratorio puro, a elaborados aislamientos—a la prueba suprema de lo monacal para lograr lo comunal.

Había que alumbrar los días del mundo a fuerza de noches. Lo claro, a fuerza de misterio. La mística del cosmos surge—como la luna—en la noche. *Las pasiones salvajes del cosmos se desencadenan a la luz agorera de la luna*—decía el místico ruso Blok. Y otro místico eslavo decía que sólo en la noche se abre el abismo, porque el día lo cubre de luz. ¡El abismo! Eso que el místico Böhme llamaba el *Ungrund*. El abismo.

Y el Miedo. Y la Nostalgia indecible. Y el ansia de Evasión. Y Dios: "el eterno tormento de los hombres"—al decir de un dadaísta, de un revolucionario de las nuevas noches celulares.

"En la noche del viento... el lenguaje se reduce a un solo Yo" (Eluard).

"La Parálisis es el principio de la Sabiduría" (Picabia).

"A oscuras y segura, por la secreta escala disfrazada" (San Juan de la Cruz).

(La célula—instrumento de la revolución comunista. La idiocia pura, la noche pura—instrumento surrealista al servicio de esa revolución. La célula, la nueva habitación del hombre nuevo, proclama Lecorbusier, con visión de nueva noche.)

La noche—se ha dicho—es más ontológica que el día. La cantó Miguel Angel. Y Rimbaud. La sublimaron los carmelitas. Y los freudianos, la han vuelto a hacer terapéutica: noche del alma; libido. Y Cocteau ha encontrado sus ángeles en el opio, siempre en busca de la noche.

La noche tiene su simbólica, su sentido sacramental: en la noche se llega a encontrar sagrado el desorden cósmico. Y en la noche, lo real es lo irreal. Y todo se hace cárcel. Y en la cárcel, ventanas de luceros, huídas imposibles, hacia cielos inmóviles.

Y en la noche de la celda se sienten las espadas del alma que traspasan el alma.

En la noche celular se juntan las manos para romper los grilletos, y los grilletos no se rompen, sino que las manos quedan juntas en oración.

El Robinsón—yo, en mi isla—siente que deja de ser Robinsón. Mito burgués y maldito el mito del Robinsón. Mito liberal, industrial, anglosajón, *moderno*—anatematizado por los místicos nuevos y celulares del mundo.

Y que el pan no lo va pidiendo ya al "esfuerzo personal de iniciativa", ni al esclavo a él sometido para dar cima a esa iniciativa. Sino que lo va esperando del cielo. No de la providencia, sino de la Providencia. De que baje un ave, como hasta San Jerónimo; hasta las manos juntas.

Noche de mi caverna. Mi noche celular. Estilista en mi páramo. Cenobiarca de mí mismo.

Como el gusano de seda su capullo; como el asceta tebanó, su celda—así voy sintiendo clausurada mi vida a cada rasgueo de mi pluma—seda y barro—dentro de mi noche celular.



Los asuntos del Parlamento

Todo Parlamento tiene dos clases de asuntos: unos de principio y otros de final. Para llegar a los asuntos del final son buenos todos los principios. Y, desde luego, todos los medios.

Los asuntos de principio son imponderables: son esos valores donde dice que se apoya el Parlamento: la libertad, la democracia, la igualdad, los derechos del hombre, etc., etc.

El sostenimiento de esos asuntos de principio suele estar a cargo, en todo Parlamento, de sus almas más retóricas, más filosóficas y solventosas. Los asuntos de principio sobre la metafísica del Parlamento, son asuntos que hay que dejar bien sentados desde el principio, para que, al final, todos los asuntos sean dichosos. Los asuntos del final.

¿Y cuáles son los asuntos que finalmente persigue todo Parlamento? Dicho de otro modo: ¿cuál es la finalidad de todo Parlamento? La finalidad de todo Parlamento la saben todos, todos ustedes.

La finalidad de todo Parlamento son... los asuntos. O dicho a la manera clásica: les affaires. *Les affaires sont... los asuntos.*

El asunto March

¿Conocen ustedes, amigos míos, a don Juan March? Vedle en el Palace Hotel de Madrid. Don Juan March no vive en el Palace. Vivía al lado del Palace: justamente, en la Plaza de las Cortes. Cuando vino la República—pasándose de listo—dejó las Cortes por Lista, por un palacio-hotel en la calle de Lista, que le abandonó el antiguo régimen. Pero don Juan March se pasaba gran parte de su día listo no en su hotel-palacio de Lista, sino en el Palace Hotel de la Plaza de las Cortes. En ese hall del Palace Hotel que se le llama la Bolsa de los Rumores. Gran agente de esa Bolsa don Juan March. Quizá fundador. Vedle: sobre butaca de mimbre verdiblanca, puro en boca, gafas límpidas, caruela redondeada, sonrisa imperturbable. Alguien se le acerca: ¿Cánovas Cervantes? ¿El Tebib-Arrumi? ¿Emiliano Iglesias? ¿Luis de Oteyza? ¿García Sánchez? Y mucha más gente, muchos más periodistas. A don Juan March se le ha llamado el amigo de los bandoleros. Pero de quien es de veras amigo es de los periodistas. ¿Es que hoy son periodistas los bandoleros? No lo creo. Yo soy periodista y les garantizo que no soy bandolero. Pero no dejo de reconocer que el bandolero constituye para mí un ideal romántico.

A veces don Juan March se levanta. Da unos pasitos, lentos, con las manos semimetidas en los bolsillos de los pantalones. Parece un funcionario retirado, casi un menestral, que sale a tomar el solecillo de invierno. Yo muchas veces me le he quedado mirando a este admirable hombre: ¿pero tan poderoso caballero es don Juan March?... ¿Don Dinero?

En España sólo había tres caballeros Don Dineros: Don Juan March, Don Francisco Cambó, y don Alvaro de Figueroa. El soneto aquel de Rubén: ¡Don Juan, don Alvaro, don Francisco...

Pero don Alvaro tenía un dinero tradicional... El pueblo respeta siempre las tradiciones. Don Francisco, tenía un dinero catalanargentino, protector de intelectuales... Los intelectuales siempre respetan lo catalanargentino... Sólo el pobre don Juan tenía un dinero romántico y misterioso, de corsario, de capitán de aventuras... ¡Filipinas, Africa, Canarias, Baleares!... Un dinero colonial y pirata. La España actual no podía perdonar a don Juan ese dinero. Don Juan debió haber nacido en la época de don Juan. Cuando toda España era donjuanesca, pirata, aventurera, grande, colonial y metropolitana. Pero don Juan comenzó a tener dinero colonial cuando España ya no tenía colonias. Don Juan ofendía con su dinero a la España pobre, digna, anticidiana, pacifista, socialista, culturizante, que pescaba peces sin cebo, para no engañarlos, y que abría ostras por la persuasión.

¡Pobre don Juan! ¡Pobre don Juan March! Este gran hombre, nacido para virrey, para encomendero, para adelantado de un Imperio—caído en una España sin rey, sin Roque, sin encomiendas y sin adelantos! Desató en el acto las peores furias de esa España. Toda España era un inmenso pobre lleno de llagas. Desató todas las plagas de ese inmenso pobre español. Todo el país se lanzó tras él, todos los pobres. Primero el pobre Primo, luego el pobre Galarza... ¡A ese, a ese! —le gritaban todos los guardias corrientes. Don Juan no corría, pero tuvo que correr. ¡A ese, a ese! Le detuvieron. Le llevaron a la Comisaría del país.

—¿De qué se me acusa?
—¿Pues de tener dinero, miserable!
—Pero ese dinero es mío.
—¿Suyo, ha dicho suyo?
—Y de ustedes también, señores míos.
—Eso es, señores suyos, y muy señores...

—Sí, señores... ¿Y se me acusa de algo más?

—¡Ah, ya lo creo! En este momento histórico, el más ilustre y trascendental de España, en que todos los que tenían dinero se lo han llevado fuera de España, usted ha traído a España ¡seis millones de dólares! ¡Esto es intolerable! ¿Es que piensa usted hacer subir la peseta? ¿Es que podemos tolerar esa maniobra? ¡Caigan los culpables! ¡Y terminemos para siempre este enojoso asunto!

Don Juan salió, pasito a paso, de la Comisaría, del Parlamento. Su asunto, su enojoso asunto, había quedado, por fin, en buenas manos... Hasta el próximo régimen de pobres españoles.

Otro asunto con posible estado parlamentario

Tras el asunto March, suena, de pronto, en Barcelona, otro asunto: el asunto Bloch.

¡Gran novedad el asunto Bloch! ¡Asunto judío! Muchos siglos llevaba España sin asuntos judíos. ¡Pobres judíos de España!

Todo el mundo acusó al judío de quedarse con el dinero de los cristianos del mundo. De ahí gran parte del odio mundial hacia el judío. Pero el judío de España no fué nunca el judío del mundo. Por eso yo distingo al judío de España con mi afecto, mi estudio y mi piedad.

Los primeros pobres judíos de España—ya lo recuerdan—fueron aquellos célebres Raquel y Vidas. El gran cristiano don Rodrigo Díaz de Vivar, necesitaba dinero. Los pobres judíos de España se lo prestaron. El Cid les entregó como empeño unas pesadas arquetas. El Cid cabalgó. Los judíos de España abrieron las arcas: arena. Timo del portugués, timo del cristiano de España.

Después los reyes más cristianos de España, los Católicos, necesitaron dinero. Los pobres judíos españoles se lo prestaron. Cuando los reyes lo embolsaron bien, expulsaron de España a los pobres judíos de España. Después... después... Aún está reciente la quiebra

Bañer. Tras gastarse millones en la cultura española, la quiebra.

Ahora este pobre Bloch, en manos de catalanes, de sindicalistas, de los cristianos nuevos de España... ¡Pobre Lázaro Bloch! ¡Ya va servido! En la castiza ciudad española de los atracadores a mano armada...

Y todavía, en el próximo Oriente, hay pobres judíos españoles que hablan con carifio de volver a la cristiana España...

El asunto Bloch no tomará estado parlamentario. Porque aunque los parlamentarios actuales sean masones, ateos, laicos y tal... los parlamentarios españoles de hoy—tenedlo seguro—siguen siendo cristianos viejos de España.

Iniciativas para asuntos

He leído un folleto que circula estos días por Madrid, bajo el título de "Sindicato Promotor de Iniciativas". El promotor de este Sindicato es mi respetable y querido amigo don Nicolás María de Urgoiti.

Forman parte de este Sindicato distinguidísimos miembros de la España actual republicana. Abogados, ingenieros, e influyentes personas. Este Sindicato tiene por finalidad el levantar capitales españoles para emprender grandes empresas, grandes asuntos en España.

Si yo tuviera dinero ofrecería a ese Sindicato el primer levantamiento, el primer capital. Si yo tuviese dinero y una convicción que—desgraciadamente—me falta. La convicción de que España (no la nueva, sino la que viene tras esta nueva), vaya a seguir el rumbo oligárquico, liberal, de grupos anónimos y financieros, que siguieron tiempos atrás otros países cuando pasaron a Repúblicas, cuando "los valores tradicionales" pasaron a "valores plutocráticos", cuando las Monarquías cayeron para dejar paso a las oligarquías burguesas, liberales, industriales y empresarias.

Pero esta convicción mía no la quiero hacer extensiva a nadie. No quiero con ella malograr iniciativas en un país donde las iniciativas brillaron siempre por su ausencia. Al contrario, bien quisiera hacer la propaganda de ese Sindicato, aun cuando no sea el Sindicato de tipo estatal, nacional, a que hoy aspiran todos los países jóvenes del mundo, el Sindicato controlado férreamente por un Estado sindicalista, donde el Sindicato no sea de unos cuantos privilegiados, sino de fuerzas puramente nacionales y netamente sociales.

Cuando cayó la Monarquía, uno de los principales argumentos empleados para hacerla caer fué aquel de considerarla una "Compañía anónima para la detentación y explotación del país". Tal vez fuera verdad—verdad marxista—que rey, ejército, aristocracia y religión, fueran pulpos de nuestro país. Que nuestros "valores espirituales" fuesen simplemente "valores económicos".

Pero el enemigo desapareció. Y hoy está el campo libre. La Prensa, la Universidad, el Parlamento, la Escuela, el Cine, la Banca... todo quedó libre para... ¿El Estado? Pero el Estado ¿quién es hoy el Estado en España? ¿Quién será el Estado de mañana en España? ¿Una audaz minoría comunista o fascista? ¿O simplemente una emprendedora minoría de capitales libres?

La lucha, el quid está ahí. Si yo tuviese dinero, se lo entregaría a ese genial y aguileño "Sindicato de Iniciativas". Le ayudaría a apoderarse de lo que perdió la "Compañía monárquica" de marras. Le ayudaría a formar gobiernos, parlamentos, escolares, intelectuales, periodistas, obreros-congruentes. Pero me falta la pequeña "convicción sindicalista", frente a ese Sindicato que admiro y felicito. Pero como esa pequeña convicción—además del dinero—sólo me falta a mí, ello no empee para que el triunfo corone pronta y majestuosamente, lo que la majestad de España dejó resbalar al suelo con su corona.

El Gran Teatro de España

Cada vez voy creyendo menos que la táctica política de España se encuentre en la acción directa ni en la acción indirecta. Ni en la dictadura como medio ni en el Parlamento como órgano.

Cada vez voy creyendo menos en la formación de partidos políticos en España. De masas encuadradas en una disciplina para el asalto al Poder.

Cada vez voy creyendo más—en cambio—que el Poder está en España al alcance de cualquiera, de cualquiera que desee sobre él encaramarse, con tal que—persona o grupo—nos divierta a los demás. (¿Golpe de Estado? No: de tablado.)

Cada vez voy constatando más—¡perdonad, amigos míos mayores, estas ingenuidades!—que en España la Marcha al Poder no es un camino, ni una lucha, ni una acción—directa o indirecta—, sino un subirse a una tablado por sorpresa y un sentarse los demás en la platea. Pues España no se rige por un "sistema de fuerzas", sino por un convenio de risas, de aburrimientos, de simpatías y de antipatías. Por el sistema pasional de la inacción: del espectador dramático, taurida.

Hay algunos que sueñan para España en marchas heroicas al Poder—como las bolcheviques, las fascistas, las hitlerianas. Un sueño. España tolerará la marcha de una cuadrilla de toreros, de una tropa de circo, de una farándula cualquiera, y mejor que nada de un solo actor, de un protagonista. Lo que no permitirá—quizá ya nunca—España es entrar España en esa misma marcha, saltar al ruedo, intervenir, levantarse de la silla.

España es un inmenso café, un inmenso casino, una inmensa sala de butacas alunadas para ver la calle, lo que pasa, lo transeúnte, la acción. Y comentar.

España es un inmenso "me parece esto" y "me parece lo otro", entre coñac y cigarrillo y limpiabotas, bien hincado el trasero en el sillín.

Mucho antes de caer la Dictadura, yo oía decir a las gentes: "Esto se marcha". Y aquéllo se marchó. Y después: "El rey se marcha". Y también se marchó. Y después: "Don Niceto nos aburre". Y también se marchó.

España es una inmensa "opinión" de un inmenso café, de una inmensa tertulia, de una inmensa tierra donde estamos tumbados sobre la manta a opinar, ver pasar, dormir y morir.

Maura quiso arrastrar a estos divanes y sólo se arrastró a un lecho de muerte. Primo de Rivera quiso hacer un número de fuerza y divirtió un rato, hasta que se partió los riñones. Ahora la República ha variado el repertorio y va pasando, cada vez más de prisa, sus magníficas piezas bien ensayadas.

Si yo gobernase España, no me atrevería el cañón, sino el bostezo. Yo creo que este terror lo van teniendo todos los gobernantes españoles. ¿Acción directa, indirecta? Inacción en los espectadores. Y buen espectáculo en el tinglado. En España la política es de taquilla, de campana, bombo y circo. ¿Acción directa, indirecta? No: Basta hacer el corro, la platea, la sonrisa, el chiste, la inhibición, el conmigo no va esto. España es un teatro, el gran teatro de España, que se va a quedar sin repertorio, sin héroes de tragedia, sin divinos farsantes, que quieran seguir la innoble farsa de los espectadores—¡los espectadores!—, únicos farsantes intolerables del gran teatro de España.

LA CORRESPONDENCIA PARA

El Robinsón Literario de España

DIRIGIRSE A CANARIAS, 41

Junto a la tumba de Larra



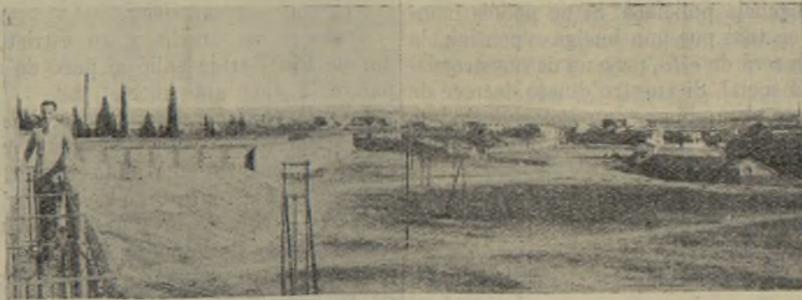
Joaquín Costa. Junto a la tumba de Larra la ha oído también Angel Ganivet. Otros dos hijos de Larra. Costa se despoja de toda gloria literaria, política, militar, y pone siete llaves en otra tumba: la del Cid. Ganivet sale aún más a su padre, y—en sacra memoria filial—se suicida para mejor vivir su vida, su idearium.

Junto a la tumba de Larra sucede el suicidarse de España en el 98. "Ley implacable de la Naturaleza—había dicho Larra con lucidez nietzscheana—. O devorar o ser devorados. O víctimas o verdugos." Eso fué el 98; España, víctima, y Norteamérica, verdugo. El Tío Sam, devorador, y nuestro vestigio colonial, devorado.

También de ese nuevo suicidio larresco de España en el 98 nacen y vuelan—epifánicas—nuevas crisálidas románticas. Pelotón de jóvenes que a sí mismos se llaman el 98: la generación del suicidio.

¿Dónde va, qué va a hacer esta generación del 98? Esta generación va, ante todo, a consagrarse filialmente junto a su padre, "junto a la tumba de Larra". Ved la descripción que ellos mismos hacen del rito:

"En la tarde del 13 de febrero de 1901, un grupo de jóvenes se dirigía por la calle de Alcalá abajo, desde la Puerta del Sol, en dirección a Atocha. Vestían esos mozos trajes de luto; iban cubiertos con sombreros de copa; llevaban en las manos ramitos de violetas. El sombrero de alguno de estos jóvenes era de ala plana, recta; una larga melena bajaba casi hasta los hombros; el cuello iba rodeado con triple vuelta de una negra corbata. Diríase una típica figura de un cuadro de Esquivel. Estos muchachos se encaminaban hacia el cementerio de San Nicolás, donde estaba enterrado Figaro. Llegados ante la tumba del escritor, depositaron en ella los ramitos de violetas, y uno de los jóve-



Yo, en esta esquina del mundo, junto a la tumba de Larra.

nes leyó breve discurso, en el que se enaltecía la memoria de Larra. "Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra."

Larra les concedió su bendición paterna, repartiéndoles sus gajes inmortales.

Al hijo mayor, a Unamuno, le deja el gemir. Su sentido de soledad y de imprecación. El autodiálogo. Pero, sobre todo, el llorar profético, por Dios y por todos.

Al vasco Baroja le lega la acritud. El estilo seco, sencillo y tajante. Le lega su fibra humana y compatible. Su fantasía de novelador. Su amor por el paisaje de España, su ansia de viaje, errabunda. Su sed de cultura. Su anticlericalismo. Su zumba. Sus desesperanzas de amor. El vasco Baroja fué el hijo larresco mejor dotado de todos los hijos del 98.

Al dramático Benavente le abandona el puñal de dos filos—rebeldía y disciplina—, amoralidad y tradición. Y la frase corta, lee, ingeniosa, dañina—como picazón de víbora.

Al galaico Valle-Inclán le ofrece un sentido aristocrático y popular de la vida; su romanticismo de reyes y serpentes.

Al solemne Maeztu le manda su afición por las cosas de Inglaterra, y la reverencialidad por la economía. Así como la España negra se la cede a Zuloaga.

El estro lírico de Larra va hacia los cantos de vida y esperanza de Rubén. Pero su fecundación más pura la otorga, si nembargo, al recoleto, vernáculo, circunscrito y hondo, hondo sentir de Antonio Machado.

En cuanto al joven "Azorín", Larra encontró en él su San Juan sobre el pecho. Su mejor guardajoyas. Su besaceñizas. Su benjamín. Gracia, mirar en paisajes, recuerdos de familia, secretos confidentiales, cartas lacradas, fes de notario, encargos de albacea, roturación de testamento.

No todos estos noventiochos estuvieron presentes en el rito de San Nicolás. En el rito del cementerio de San Nicolás asistieron—de ellos—solamente: Baroja y "Azorín". (Los demás asistentes: Bargiela, Fluixá, Gil, Ignacio Alberti..., ¿dónde quemaron—pericidos—sus alas noventiochistas, dónde?)

Junto a la tumba de Larra se hizo y deshizo la generación española del 98. Es decir: nació, murió y resucitó. Resucitó en la generación siguiente de la España ideal. Resucitó en el estandarte de la revista *España* (1915), cuya advocación mística seguía siendo la perilla y el copa y la capa, y el campanario patriota de Figaro. La revista *España* (1915) nace junto a la tumba de Larra. El 98 le entrega sus mejores fecundaciones. ¿Recordáis "la colaboración" de Unamuno, Baroja, Valle, "Azorín"?

El estandarte lo enarbola un joven: el mejor heredero—en la nueva generación—de la sustancia larresca: José Ortega y Gasset. José Ortega y Gasset heredaba—junto a la tumba de Larra—el gaje del orgullo y de la melancolía, la mirada imperial y desencantada, la voluntad írica de remozar este país tan

terialmente, una tarde Ortega. (Como en otros tiempos "Azorín" y Baroja.) Fué aquella tarde estival en que José Ortega llegó en su romántico Georges Irat a buscarme, a mi casa. Antes de montar en su tiro de caballos me di el gusto de verle reflejado contra la tumba de Larra, al pie del cementerio de San Nicolás. Me di el espectáculo de contemplar la tronchada pesadumbre lírica de la testa de Ortega, entre cipreses azulnegros de mi sacramental larresca.

La generación *España* (1915), nacida junto a la tumba de Larra, no sólo se componía de un príncipe larresco. En ella estaba d'Ors, cuyo *Glosario* era un maravilloso pobrecito hablador de las ramblas. Estaba un Bagaría, duende satírico del diario. Estaba la fuga de eternidad, el alma de ciprés y la magia negra de un Juan Ramón. Estaba el andar, correr, trotar de un Luis Bello. Estaba la malevolencia sabia y magistral, frente al teatro, de un Pérez de Ayala. Estaba la esgrima maligna y doctrinal de un Araquistain. Estaba el disparo faccioso y aislado de un Salaverría. Y todas esas moléculas larrescas pulverizadas sobre plumas y pinceles, cuya enumeración sería ahora larga.

En la generación *España* (1915) estaba también quien había de hacer triunfar políticamente a esa generación: el escritor Manuel Azaña, otra crisálida; el heredero de aquella obsesión de Figaro sobre "la empleomanía", sobre "la delicia del dulce far niente burocrático", el recaudador de contribuciones amargas sobre Madrid, el ensayador del lograr que en "este país" se pasase, por fin, sin hablar con el portero y sin escuchar más el "vuelva usted mañana".

Junto a la tumba de Larra renace otra generación todavía: la llamada generación de la guerra, y que en nosotros es unipersonal, asumida en todo por Ramón Gómez de la Serna.

Ramón tiene la misma obsesión de la tumba de Larra que las generaciones anteriores. Se hace íntimo de Carmen de Burgos porque ésta sabía secretos de Larra. Ramón crea su cripta de Pombo, en homenaje a la tumba botillera de Larra. Ramón encuentra en el Rastro un día el bastón de Larra, como se encuentra un cetro de rey faraónico, una vara mágica y homeopática de jefe prehistórico. Un día de difuntos vino Ramón a mi casa, decidido a entrar conmigo en la sacramental de San Sebastián, paredaña al solar de San Nicolás. Fueron inútiles nuestros esfuerzos. Imposible pasar de la verja. Nadie nos abría, como si llamásemos de veras a un espacio eterno. Tan obseso quedó Ramón junto a la tumba de Larra, que escribió una novela delirante llamada *El defensor del cementerio*.

Junto a la tumba de Larra torna a cer una nueva generación literaria de España. La nuestra. La de 1927. La que se agrupó inicialmente en LA GACETA LITERARIA. Al frente del primer número de LA GACETA LITERARIA iba también el emblema lejano y próximo, superado y paterno, de Figaro.

Pero de aquella generación todos volaron también. Por esos mundos, esos mares y esos maremagno de la política.

Junto a la tumba de Larra en España—hoy por hoy—sólo yo. Sólo quedé yo. Miradme.

Miradme mirar la tumba ex tumba de Larra. Ese solar de San Nicolás, que ya descubrió Baroja en su mocedad: "El cementerio éste se encuentra colocado a la derecha de un camino próxi-

mo a la estación del Mediodía. A su alrededor hay eras amarillentas, colinas áridas, yermas, en donde no brota ni una mata ni una hierbecilla. El día que fuimos era espléndido; el cielo estaba azul, tranquilo, puro. Desde lejos, a mitad de la carretera, por encima de los tejadillos del cementerio, se veían las copas de los negros cipreses, que se destacaban en el horizonte, de un azul luminoso... El paisaje ha variado algo. En estos claros días azules, luminosos, de invierno madrileño, se siguen destacando los negros cipreses por encima de los tejadillos del cementerio de San Sebastián. Hermano gemelo de San Nicolás, el derruido.

Sobre las oquedades y cárcavos del San Nicolás, las familias proletarias de Méndez Alvaro, de la Casa del Pan Duro, del cuartel de los Carabineros, pululan, como pulula por el Madrid pobre en las solanas de frío. Cosen las mujeres, terraplean los chicos, fuman los viejos y duermen los obreros parados, tapada la cara con periódicos.

Las eras yermas van desapareciendo aplastadas por el avance industrial de la cuenca del río. El Aguila, la Tabacalera, la Standard, el Linóleum, una fábrica química, los grandes talleres ferroviarios. Pitos, sirenas. Brigadas de azul mahón. Paisaje de trabajo. Paisaje industrial de extraurbio y de cuenca

de río. Remoto y actual. Prehistórico y socialista. Máquina y ciprés.

Y en la misma esquina de este mundo de máquina y ciprés—junto a la tumba de Larra—, mi casa; yo.

Pero eso no es bastante para creer que se está junto a la tumba de Larra, el estar en esa esquina.

También creyeron que lo estaban la otra tarde aquellos buenos representantes del mundo antilarresco de España, en el teatro Figaro. Aquellos beatos del incienso, la Academia, la música y el cantar. Del optimismo fácil y suave, chocolatoso y de botillería. Pero no eran sólo aquellos buenos representantes optimistas. Todo escritor en España (¡ha triunfado la República de Larra!) está hoy fácil, suave, chocolatoso y optimista. Pero yo, no.

Junto a la tumba de Larra yo veo los ojos muertos de Larra que dejan de vivir y ya se mueren de verdad. Yo veo un oasis en los ojos vítreos de Larra, un hundirse de melancolía y de insatisfacción.

Nadie más que yo—¿no véis?, ¡miradme!—junto a la tumba de Larra, quien recoja hoy este cadente mirar, este adiós postrimer, esta lágrima final, en éxodo definitivo de Larra. Junto a la tumba de Larra, último cirio que se consume: mi piedad, solitaria e indecible, al viento.

jas de lana, con vello en el cuerpo, costra en la cara y el pelo greñudo. Y que embaucaron con regalillos y finezas.

Poco a poco fueronla reduciendo a urbe. Perfinándola, refinándola, afinándola, confinándola. Abluciones, cabello a lo garzon, corsé de goma, masaje facial, depilatorios, gimnasia rítmica, y maquillaje.

Un buen día, la presentaron en Madrid. ¡España va teniendo sensibilidad! Miradla. Lee nuestros libros, oye nuestros violines, monta en bicicleta y fuma cigarrillos.

Ya vamos teniendo instrumento apto para sentir. La sensibilidad está lista. Y en toda la prensa, discursos, libros, revistas y tertulias de la casta zahorí y tzigana se cantó la sensibilidad. ¡Ya tenemos sensibilidad, españoles!

Pero de pronto el más tonto de todos los zahoríes, el que más empeño y buena voluntad había puesto en el cultivo de la sensibilidad—es decir, yo—se le ocurrió preguntar: ¿Y qué es lo que tiene ahora que percibir nuestra admirable sensibilidad? ¿Para qué vale esta sensibilidad?

¡Y sólo entonces—caídos todos en la cuenta—sucedió lo que tenía que suceder, lo trágico! Preocupados del instrumento nadie se había dedicado a inventar la música. Nadie sabía tocar el expresivo violín. Sino era el viento huracanado de la calle, que le hacía morir de dolor. Sino era el retemblar de lo que se hundía en el aire. Sino era el retumbo del trueno y de la pistola.

Hasta que la sensibilidad—frenética, destrozada, pulverizada—rompió su violín sobre la cabeza de los tziganos, y se refugió de nuevo en la aldea, con sus siete refajos verdes y uno amarillo. A ver si volvía a encontrar su gracia de Dios y el olvido de los malos gitanos zalameros, embaucadores e impíos, tziganos crueles de España.

Estructurar.

Se usa mucho en la segunda República española, ese verbo un poco raro y pedante de estructurar.

Vamos a estructurar el nuevo estado—se oye decir.

La España futura se estructura en nuestras manos—se oye decir—. La constitución española quedará pronto estructurada—se oye decir.

Ya el genio sencillo y antiestructurador de Pío Baroja salió al paso de esta palabreja hace unos meses.

Lo leí en algún sitio, que le chocaba a Pío Baroja, eso de estructurar. A mí cada vez me va chocando menos ese "estructurar". Sobre todo desde que conozco la existencia de más de cien masones en este Parlamento, desde que indagué la gran influencia de las logias internacionales en nuestra actual política. Desde que aprendí las denominaciones de albañilería y arquitectura que usan los grados simbólicos y los grados capitulares y los grados consejiles y los grados sublimes de la masonería azul, blanca, roja y negra.

"Intendente de los edificios". "Elegido de la bóveda sagrada". "Gran Maestro del Real Arco". "Gran Maestro Arquitecto". Arquitecto—como le llamó Antonio Machado a Ortega y Gasset, gran intendente del estructurar republicano.

Todos estamos esperando el fin de la gran estructura. Ver como abandonan el mandil, el mallet, el compás, la rama de acacia y la estrella de cinco puntas, los estructuradores, los liberi muradores de la nueva España.

Ya se adivina algo de esa "nueva estructura española". Un conjunto de compartimentos estancos, de regiones autónomas, de estatutos, de conventículos, es decir, de independientes y verdaderas logias nacionales. Tendrá gracia constatar un día que la estructurada o vertebrada España, no es más que un panel de avispas sobre un solar de castotes, por derribo.

LOS MAMMONES

Origen del erchufismo

A fines de verano (Robinson núm. denuncié el fenómeno español del "enchufismo sigiloso". Forma nueva, ve y recrudescida, de eso que se llama España "el enchufe": Posteriormente ha hecho popular la sensibilidad de fenómeno. Hasta el punto de que segunda República española—si no depura rápidamente—pasará a la toría bajo la maligna ecuación (prenda ya en las masas españolas) de pública=enchufe.

El Gobierno, el Parlamento—ya intentado una reacción ante el grave ligro, con su ley de las "Incompatibilidades".

Sin embargo—veo muy difícil el anglo—, porque no depende de voluntad singulares de purificación, sino del tema mismo; del régimen.

El enchufe español es una consecuencia inevitable del régimen laico y democrático que intenta instaurarse en España.

Los enchufistas—pertenecen casi toda a clases sociales que, en virtud de vivencias, casi medievales, de nueva economía—había vivido en una España de disciplina monástica. Era el caso de los trabajadores socialistas y de los trabajadores intelectuales—cuyas mejoras de vida se ganaron hasta hoy, en España, tras verdaderas batallas nobles, forzadas, francas y dignas. Al adven

el triunfo político de estas clases trabajadoras—se encontraron, de pronto, la "ley económica de concupiscencia fundamental del Estado burgués. Tanto, se encontraron con que ya no había que dar más batallas al aire libre. Si no aplicar, en aire secreto y cerrado los resortes económicos—abandonados por el enemigo; aplicarlos a la boca como se aplica una pipa de opio. Como se aplica un biberón. Como se aplica enchufe. La corriente eléctrica—comenzó a pasar a través del enchufe—con

lidad eléctrica; con voluptuosidad niño de teta. En un minuto engordó el enchufista lo que antes tardaba años en ganar ascéticamente. Naturalmente el enchufismo quedó—de modo automático—elevado a exponente económico, característica, de la revolución nueva país. Quedó inserto en la ley burguesa de la concupiscencia., ley fundamental del sistema capitalístico, liberal y parlamentario—que esta revolución no superaba, sino que enchufaba a más amplias superficies sociales.

Dicho de otra manera: el enchufista apareció como nueva modalidad mammonismo en España. Como expresión auténtica de la ley de Mammon.

De ahí—que de hoy en adelante pudiera llamar en España a los enchufistas (jugando madrileñamente con vocablo): los mammones.

El Robinson Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE (Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

Curso de español para extranjeros



Esto.

Esto en España no es sólo un pronombre, es algo mucho más terrible que un pronombre. Esto en España, no pertenece al género neutro. Si no que va haciendo un género vital indecible.

Esto—en España—es una palabra que ha ido adquiriendo sustancialidad más que nominal, verdadera consistencia de objeto, de cosa en sí, de peligro de muerte, de fulguración tabú. Es una de esas palabras—hubiera dicho Larra—que parecen cosas.

"Esto está muy mal"—os dicen—. (¿Pero el qué está mal?) "Esto se marcha" (¿Qué se marcha?). "Esto es un asco". (¿Pero qué es un asco?). Esto, esto, esto.

Esto en España vale cada vez más para sustituir los gobiernos, los regímenes políticos, las situaciones amistosas y familiares, el estado de cosas, el Estado mismo, y en rigor, todo estado.

Esto es aún más indeciso que el Es freudiano, que el Ello del psicoanálisis. Y que el Ich y el Uberich.

Esto es una de esas palabras que tienen todos los pueblos primitivos—y aun los no primitivos—que valen para señalar lo pecaminoso sin mancharse, palabras índices, palabras de goma, asépticas, palabras-pinzas, algodinosas e hidrófilas.

Esto es una palabra anímica en España, es un vestigio o prestigio de nuestro animismo español, un término cargado de espíritus y ánimas benditas y malditas.

Es como la voz *mvete* de los Bangalas del Congo—que vale para ocultar el nombre de una persona al ponerse a pescar. Es como la voz *lapsiek* (árboles podridos) que emplean los sulkas de Nueva

Bretaña, para no llamar por su nombre a los enemigos.

Extranjeros de España, que soléis llamar a las cosas por su nombre: mucho tacto, mucho tacto.

Mucho tacto al hablar de nuestra República, de nuestro Parlamento, de nuestras eminencias políticas.

Si queréis se cautos y correctos, como lo somos los españoles para la vida pública, ya sabéis la consigna: esto. Y nada más que esto. Si os roban en la carretera, echad la culpa a esto, pero nunca a la negligencia policíaca. Si no podéis montar en taxi por una huelga repentina, la falta será de esto, pero no de nuestro sistema social. Si vuestro dinero decrece de pronto al cambiarse en pesetas, decid que la causa es de esto, pero no nuestra política financiera.

Esto y siempre esto—queridos alumnos míos extranjeros.

Sensibilidad.

Los españoles no han tenido sensibilidad hasta hace muy poco. Y si la tuvieron—fué tan rudimentaria e insignificante—que nadie se preocupó de ella hasta hace muy poco.

¿Hasta cuándo? Muy pronto. Hasta el advenimiento a España de una casta rara de zahoríes, de tziganos, que todo lo fiaba al desarrollo de la sensibilidad, como si el país fuese un instrumento de cuerda.

España no tiene pulso—dijo un político famoso. No—corrigieron los tziganos. Lo que no tienen es sensibilidad.

Afinémosla como un violín. Un rubio violín—perfiló uno de los tziganos—. Que sea como la capuchina o el dondiego de noche, registrador ed las variantes luces—dijo otro—. O bien, que sea como una placa de bromuro, como un receptor radiofónico, como un aparato estereognóstico, como un escalofrío puro, como pájaro en la rama, como un indicador sísmico...

Y los tziganos pusieron a la tarea de afinar, refinar, perfinar la sensibilidad española, aquella sensibilidad que encontraron en una aldea—cuando acamparon en España—, vestida de pueblo, con siete refajos verdes y uno amarillo, con fa-

REVELACIONES NACIONALES

Estilo jesuíta en España

A veces me encuentro con camaradas literarios por la calle que portan nuestro diario *El Sol* en la mano.
—¿Ha visto usted cómo escribe Mourlane Michelena?
—¡Muy bien!—respondo yo.
—¡Pero ha visto usted—siguen inexpandome—cómo escriben Eugenio Montes, Víctor de la Serna y Cossío.
—¡Muy bien!—sigo contestando yo.
—¿Pero lo dice usted en serio?—me asisten.

—Completamente en serio—reinsisten.
—Escriben tan bien como escribi-

—Los mejorcitos del país. Es una escuela de larga tradición en España. Por citarles: Unamuno, Ortega, D'Ors, Maeztu, Araquistain, Juan Ramón, Gómez de la Serna, Baroja, "Azorín", Ayala, Valle... Antes que éstos... ¡buff!, muchos. Piensen que en esta escuela han profesado Góngora, Quevedo, Lope, Calderón..., Juan de Mesa..., Lucano..., Séneca...

—¿Esa escuela está bajo la advocación de algún ilustre protector?

—¡Ilustre? Ilustre es poco. ¡Santo! Está bajo el santo fundador de toda nuestra Pedagogía retórica: San Ignacio.

—¡Pero, hombre, San Ignacio!
—Sí, San Ignacio. Séneca estudió en el colegio de jesuítas de Córdoba. *La Farsalia* se leyó en un reparto de premios de los colegios jesuítas de Roma.

Nuestros escritores árabes y judíos andaluces también fueron en la Edad Media alumnos de la Compañía.

Averroes escribía glosas como el padre D'Ors. Abengabirol, el malagueño, recuerda mucho en sus párrafos la retórica magistral del padre Ortega.

—¿Según usted el estilo genuino de España es el jesuíta?

—Sin duda alguna.

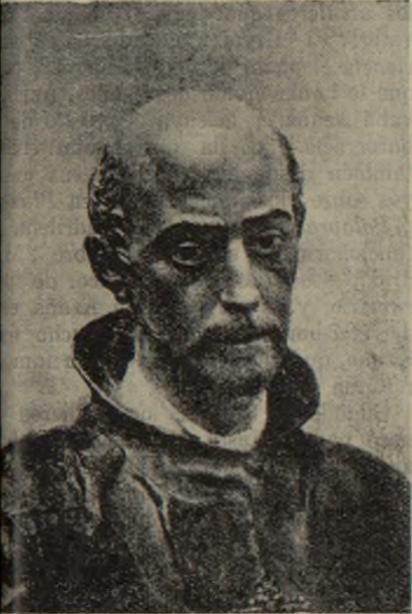
—¿Un Baroja tiene estilo jesuíta?

—La ocultación de la retórica es una retórica más: la más sutil. Es una de las características más jesuítas precisamente: "ocultos bajo mil disfraces".

—¿Y Pérez de Ayala?

—De ése ya sabemos que fué discípulo de Cejador, y colgó, como su maestro, los hábitos sobre un clavo ardiendo.

—¿Tan fundamental le parece a usted en España el estilo jesuíta?



Este gesto de Francisco de Borja, característico de otro gran Francisco: Giner.

Bergamín, Sánchez Mazas, Cernu- Basterra, Dámaso Alonso, Gerar- Diego, Alberti, Lorca, Urabayen, Al- ro, Salinas, Jarnés, Espina, Guillén, reconada, Marichalar, Guillermo de To- rre, Altolaguirre, Ernestina de Cham- purcín, Ros, Ferrero, Rosa Chacel, Fernando Vela, Moreno Villa, Salazar Chapela, etc., etc.

—¿Qué espantosa confusión de nom- comes!

—Confusión, sí; pero no espantosa. Confusión que existe en un colegio cuando se quedan solos los chicos de escuela.

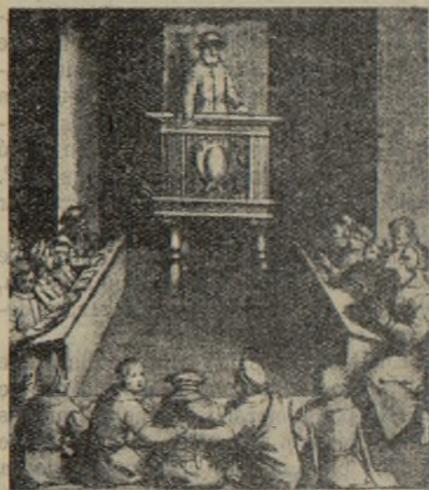
—¿E modo que para usted todos esos nombres y los que no cita forman es- teta. ¡Será la "vanguardista"!

—Nada, nada de vanguardista. Es- teta española, simplemente. Escuela adecuada. En la que hay chicos más o menos aplicados y más o menos zoque- mentos, más o menos aventajados y más o menos torpes e imposibles.

—¿Y los maestros de esa escuela?



Unamuno, en la época de sus primeras polémicas contrarreformistas.

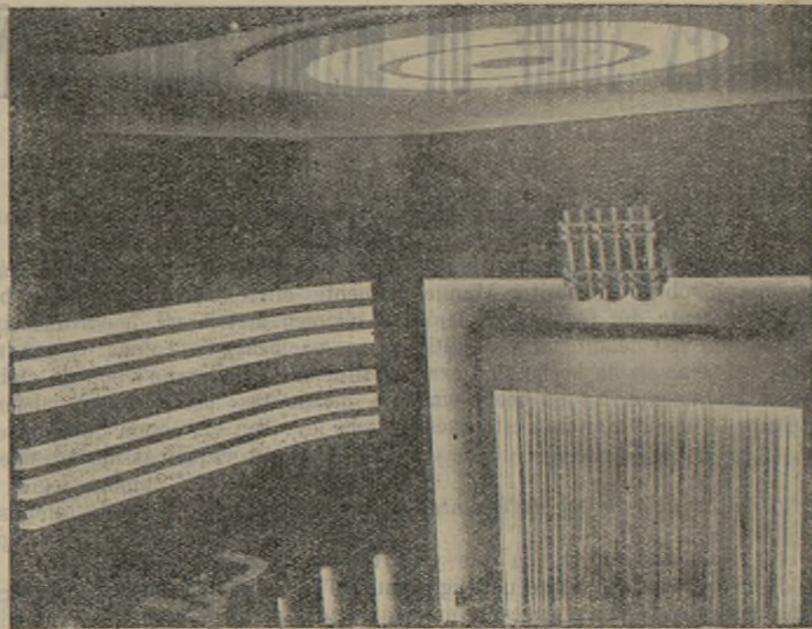


El Padre Zulueta profesando en la Residencia de Estudiantes sobre escrituras visigóticas, de la "Revista de Occidente".

—El estilo jesuíta no es que me parezca fundamental en España. Es el único que ha tenido España. No sólo en las artes de escribir. En todas las demás.

—¿Usted cree también que nuestra pintura y nuestra arquitectura actuales son de estilo jesuíta? ¡Ja, ja!

—No nos riamos. Contemplemos. Consideremos. Recordemos. Cuando Goethe, en su *Viaje italiano*, comentando el arte jesuíta reconocía en su esencia española "algo grande y completo en el propósito", es que pensaba en Picasso. Cuando Goethe al referirse a la arquitectura jesuíta diciendo: "Acumula oro, plata, metal, piedra tallada, con tal magnificencia y riqueza que ciega a los



Estilo jesuíta en la nueva arquitectura. (Teatro "Figaro" de López Delgado.)

mendigos de todas las clases, sin faltar de vez en cuando el mal gusto con que reconciliarse con la Humanidad y atraérsela", es que pensaba Goethe, sin duda, no en el santuario de Loyola, sino en todos esos edificios racionalistas que empiezan a introducirse ahora en nuestros jóvenes arquitectos.

—¿De veras?

—Sí, de veras. El otro día el joven arquitecto López Delgado me invitó a inaugurar su Teatro Figaro en Madrid. ¿Cuál dirán ustedes que fué su ocurrencia de genuino decorador español, jesuíta?

—Lo ignoramos.

—¡Pues revestir de cobre luciente los paleos y las "andanadas" para que un juego de luces de todos los colores se refringiese aéreamente, festivamente! Como hubiera añadido Goethe: "Este arte jesuíta de la arquitectura española está por entero dentro del genio del servicio divino externo católico."

—Quizá tenga usted razón.

—Claro que tengo razón. Si no la tuviese, ¿por qué se imaginan ustedes que en España han tomado ese incremento, aparentemente inexplicable, los muebles de tubo de acero, las construcciones de níquel? Pues porque son muebles que "lucen". Ya lo pronostiqué yo trayendo a España los primeros sillones metálicos con *La Galería*. El español, en literatura, en arquitectura, en pintura y en la vida, lo que ansía siempre es "lucir", "relucir". "¡Está usted lucido!" "¡Se ha lucido usted!" Traje de luces de los toreros. Obsesión por el siglo de las luces, de Eugenio d'Ors. Estofado del churriguerismo. Ingenio de Tirso, de Moreto, de Benavente. Pelo rizado de Ramón. Charla de García Sanchiz. Follón de Ortega. Comentario de Unamuno. Culto y fervor por la metáfora en España. "El barroco", como dicen pedantemente los alemanes. ¡Jesuitismo! ¡Jesuitismo!

—Pero ahora con la República...

—Ahora con la República el jesuitismo ha recuperado la lozanía, el vigor, el empuje nacional que poco a poco iba perdiendo en nuestras desmembradas huestes de San Ignacio...

—¿Pero y la quema de conventos!

—Pero ¿y el triunfo de la Institución Libre de Enseñanza, amigos? ¡Oh error popular creer que por la quema de conventos los padres jesuítas de España se abrasaron o emigraron! "Ocultos tras mil disfraces"... Con los chinos vestidos de chinos; con los malayos, de malayos; con los republicanos de España, vestidos de ministros.

—¿De ministros del Señor?

—No; de ministros de la República, de la Señora. ¿No han oído ustedes aludir a la exquisita suavidad de algunos de nuestros más queridos gobernantes?

Esencial y nobilísimo emblema jesuíta. La suavidad. "La dictadura de la suavidad", se ha dicho para definir exactamente a eces la naturaleza de la Compañía.

—¿Y de Azaña?

—Azaña es un agustino. Un impulsivo. Ya verá cómo le irá mal a la larga.

—¿Y Prieto?

—Prieto es un goliardo que excita al pueblo con su goliardez, como siempre excitaron al pueblo los frailes gordos. Si salva el alma será gracias a la mano izquierda y a la mano derecha de un Largo Caballero, auténtico y noble pa-

A reló parado, parido, parado: tictac. Ya le da. Ya le dió. Ya le ha dado. Y se para, separa. Separó. Se paró. Se parió los dedos el reló. ¡Calla! Calló.

JOSÉ BERGAMÍN.

(Texto literario del nuevo estilo jesuíta.)

dre ignaciano que le ofrecerá sus servicios de confesión a última hora.

—Es curioso que todo esto del estilo jesuíta como esencia nacional lo haya sacado usted a propósito de cómo escribe Mourlane Michelene en *El Sol*.

—Curioso, sí, pero—sobre todo—consecuente y lógico. Mourlane es un novicio de Bilbao, del Deusto de Unamuno. *El Sol*, al recuperar "el estilo unamunescos, no hace sino recobrar su gran estilo jesuíta, nacional, popular, autén-



Simbología del Sagrado Corazón, por el novicio Moreno Villa.

tico, que perdió cuando Urgoiti y "Heliofilo" se hicieron luteranos, protestantes, heterodoxos; cuando perdieron el contacto con Loyola. Por eso la República española no perdonará nunca al *Crisol* la pretensión de considerarse su *Diario*. Las herejías no las perdona España nunca.

—Casi, casi nos ha convencido usted, amigo Robinsón. Todavía vamos a perdonar el estilo de Eugenio Montes.

—Perdonemos, hijos, perdonemos siempre. Para que nos perdonen a nosotros también nuestros pecados.

VARIANTES SOBRE UN MISMO TEMA: AZAÑA

La dramática verdad.

El "éxito de opinión" que ha obtenido mi ensayo sobre "El escritor Manuel Azaña, presidente del Gobierno", lejos de aplacar mi sed definitoria y analítica sobre tal tema no ha hecho sino exacerbarme agudamente. No ha hecho sino plantearme de modo excitante esta cuestión:

¿Cuál la razón de tal sentimiento?

Y esa razón no consiste en que yo haya dicho la "verdad" sobre una figura representativa (Azaña en estos momentos, españoles). No consiste en que yo haya "encajado" un "ser" dentro exactamente de su "es". (¡Quién el capaz de acertar con una verdad entera!)

La razón ha sido otra: esa. Que "mi verdad" sobre Azaña era la que "deseaban" los que me la aplaudieron. Una coincidencia o encajamiento entre el Azaña que yo proponía y el que muchos presentían, prequerían. Era ese tipo de verdad que el filósofo aquel hubiese llamado "de *coeur*". Y Unamuno "verdad agónica". Y yo—más simplemente—"dramática", verdad dramática.

Cuando un público sentado en una platea, trivial, ahora, foro—ajeno a lo que una escena o discurso va a proponerle—rompe en aplauso de asentimiento al llegar la peroración o la farsa a determinado punto, es que la voluntad de expresión en el autor ha encajado místicamente—dramáticamente—con la voluntad de expresarse del auditor. Es el "quiero" del autor que libera al "no puedo" del oyente. Es el complejo subconsciente de una masa, que una mano pone en libertad; en libertad de pichón, para volar ya, por el aire, batiendo las alas, batiendo las palmas.

Liga con la secreta verdad.

Mi verdad sobre el escritor Manuel Azaña, nuevo presidente del Gobierno español, iba ligada en lo secreto con otra verdad mía anterior—y a la que, con esta última—sometía a prueba.

Me refiero a mi previa—y más amplia hipótesis—, a mi verdad particular, publicada en mi "Robinson número 2" con el título de "Análisis—más que real—de la República española".

Hipótesis analítica (psicoanalítica) que podría resumirse así:

"El origen de la República española—como el de toda auténtica República—estuvo en la rebelión de las fratrias, de los hijos desbordados contra el fracaso del Padre, del "Urvater" de la horda. Estuvo en la rebelión de las hermandades republicanas contra la tiranía del rey, que asumió íntegramente en su corona la herencia paternal, tiránica del verdadero "Urvater", del fallecido Primo de Rivera. Tras todo triunfo de las fratrias vino siempre el despedazamiento de éstas entre sí, en la lucha autofágica por el envidiado poder" del "Padre muerto", por la "Autoridad personal", que ninguno logra en un principio asumir íntegramente. Y que da nacimiento a los mitos fraticidas de Rómulo y Remo, Caín y Abel...

La crisis totémica de Alcalá Zamora.

En España sucedió lo mismo. Las fuerzas republicanas, unidas para el ataque—una vez triunfantes, "devorado" el Padre odiado, el "impar" ante los "pares"—, se revolvieron contra ellas mismas. Y surgieron los conflictos que todos conocemos. Catalanes contra cas-

tellanos, Prieto contra Lerroux, Maura contra Maciá, etc., etc.

Hubo necesidad de consolidar rápidamente el sistema "totémico", bajo un régimen matriarcal de virtudes piadosas, pacíficas, femeninas. O sea una sustitución del "Tirano" por un emblema inocuo de "hecho", pero eficiente, por la ley: con el "totem" presidencialista. Con un esquemático "presidente provisional". Alcalá Zamora logró encarnar esa emblemática del "totemismo hispano". Supo recordar con su figura y tacto la "sombra del Comendador, del muerto". Siempre a condición de legalizar lo contrario de lo que aquél hiciera en vida. Siempre con el peligro de sucumbir si se deslizaba más allá de su trágico determinismo, de su dramática farsa. Por eso ya anuncié que Alcalá Zamora caería en el instante que dejase su valor simbólico y "actuase" con personalidad propia. En el instante que dejase de hacer lo contrario de lo que hubiese hecho el odiado tirano.

Efectivamente: su choque contra la Iglesia fué su propio choque, su ruina propia. En vez de asumir la disciplina totémica asumió su propio gesto personal, coincidente con el gesto que hubiese hecho el "Muerto" ante tal fenómeno. O sea: la defensa de lo momentáneamente indefendible: la Iglesia. La caída fué instantánea. Se la tenía preparada el hermano mayor de la fratria, el más audaz, el más capaz de seguirse encajando la trágica máscara del Padre, la máscara totémica: Manuel Azaña.

La querencia pastoral.

No es cierto, he dicho más de una vez, corroborando la ortodoxa afirmación de Unamuno, que las masas en política (y en la vida) puedan vivir por sí solas. Las gentes—suele reiterar Unamuno—quieren ser siempre ovejas, pero no pastor. Las masas postularán siempre—con sus balidos desesperados—el cayado del Pastor. Del guía. En lo eterno y en lo temporal. En el Cristo Pastor de Fray Luis y en los Césares de todo imperio terreno.

En España—tras la muerte del "Urvater", del Pastor tiránico de la horda—quedó destruido todo su régimen en las conciencias de nuestras masas, salvo una querencia pura, salvo una "querencia sintética a priori"—que diríamos en términos kantianos: la de un nuevo regidor, la querencia pastoral.

El "error Berenguer—no fué el que dijo Ortega—sino el de "meterse Berenguer en camisas de once varas". (Berenguer no medía más que veinte centímetros.)

El advenimiento de la República dió a nuestras masas la ilusión repentina de haber encontrado la "jefatura" codiciada en ellas mismas, como colectividad. Un poder pulverizado sobre cabezas de apóstoles suyos, de ministros y viceministros. ¡Ilusión de Pentecostés!

Pronto hubo que concretarse en un símbolo—Alcalá Zamora—. Pero Alcalá Zamora era un "totem". Un falso pastor. Un equívoco "Urvater", que, lejos de mediatizar a las fratrias, era mediatizado por ellas.

Apenas dejó su papel, apenas resbaló, cayósele la máscara totémica, y con ella, "la presidencia provisional".

Vago ruido de hierros y cadenas.

Manuel Azaña representaba por un lado—como don Niceto, más vigorosamente aún—la ortodoxia totémica: "el

odio y abominación, el sentido tabú (prohibido) de la autoridad personal. La hostilidad al Muerto".

Mucho más que don Niceto—Azaña propagó en todas sus peroraciones "el pecado de toda jefatura". Azaña no quería ser jefe de nadie. Momentos antes de preparar su atigrada caída sobre el Poder; en su gran discurso del Teatro de la Princesa, lo afirmó y reafirmó. Nada de "cabezas visibles". Nada de "autoridad personal eminente".

Era el perfecto credo republicano que Azaña—avisado predicador—rezaba, golpeando en su pecho. Y al que las masas republicanas respondían su fervoroso "amén".

Pero por otro lado—Azaña—estaba dispuesto a "volcar la mesa". Acto del que ya no se sentía capaz don Niceto. Azaña se sentía dispuesto a dar ese estirón necesario hacia las "once varas", admitiendo por hito provisional las pobres "once varas" del pastor de marras—que las mismas masas republicanas querenciaban subconscientemente, ansiosas de guía, de ductor, de salvador, de cayado y mastín.

De ahí el triunfo de quien audaz y capaz de lograrse impulsar el símbolo totémico a un ulterior y progresivo desarrollo.

Así como don Niceto—representaba al "Muerto"—en figura, años, catolicismo y acento andaluz, el nuevo "totem Azaña" iba más adelante que esas elementales semejanzas.

Azaña aportaba: el "carácter", los "tajos decisivos", un ruido vago de charrasco, de hierros y cadenas.

La tragicomedia política.

Por eso la contradicción totémica de Azaña se realizó triunfalmente: Siendo un "carácter", "un voluntarista, y hasta un voluntarista de tipo católico y tradicional", satisfacía a las masas republicanas "anticatólicas" y "antipersonalistas" mucho mejor que el vacilante Alcalá Zamora. Y las satisfacía Azaña: porque osaba arremeter contra todo principio "monárquico" Ejército, Iglesia, aristocracia—con un "monarquismo" renovado en su persona. Porque satisfacía la querencia subconsciente de las masas "en busca de autor, de pastor", sin contrariar la doctrina teórica en que reposaban esas masas: los principios republicanos. Don Niceto cayó por anunciar una "actitud personal". Azaña triunfó, justamente, por revelar una "personal actitud".

En política para triunfar hay que ser lo que las gentes quieren que se sea, sin dejar de ser lo que se debe ser: es decir, lo contrario.

En política para triunfar hay que aparentar ser lo contrario de lo que se es. No por inmoralidad, sino porque las masas lo son a su vez, así: de doble fondo; piensan una cosa queriendo la contraria. Esa es la gran tragicomedia de la política.

De ahí que cuando en mi honrado y objetivo análisis de la figura de Azaña descubría yo "un español católico, tradicional e intolerante", en el más eximio republicano liberal y laico del momento—satisfacía plenamente, más que a mis lectores, a los amigos sinceros de Manuel Azaña. De la República. Y—en último término—de la patria española.

Corroboraciones y más pruebas.

a) "El fracaso de los conservadores republicanos".—El fracaso de los conservadores republicanos para remediar la "crisis de don Niceto" fué una prueba de mi tesis, de mi dramática verdad.

Lerroux no podía "conservar" la República. A Lerroux, tras la máscara totémica, se le veía algo más, se le veían las masas conservadoras de "lo otro", agrupadas de nuevo en su torno y que

hubieron arrollado fatalmente su voluntad personal de republicano. De ahí que Lerroux no supiera decir a la postre otra cosa, como fiel republicano, que ¡viva la República! Es decir, un viva Azaña.

Lo mismo le ha sucedido a Maura—cuyo discurso no ha satisfecho ni a las masas de un lado ni a las de enfrente. A las "conservadoras de lo otro" porque Maura quería demasiado sinceramente conservar "esto". Y a los "conservadores de esto", porque asomaba demasiado la oreja tras la máscara. Oreja del nefando personalismo castizo de la chulería andante y prohibida.

Maura sólo satisfizo a los teóricos un "partido conservador abstracto" de la República. Satisfacción deleitante, sin daño para nadie.

b) "Los "artilleros" de Azaña". Cuando Azaña decretó el tajo de funcionarios yo aseguré a los exaltados que no pasaría nada. Presente en ánimo estaba el recuerdo del tajo de los artilleros que diera el odiado "Urvater". El "Urvater" llevaba en su conciencia el pleito de los "artilleros", por lo que había vivido desde años. Así lo veía Azaña en la suya el "pleito de burocracia", en la que había vivido también desde años. Léanse sus ensayos sobre "los funcionarios" en *Plum y Palabras*, y su angustia madrileña funcionario en su estudio sobre "Madrid", estudio escrito con rencor de funcionario, y se verá que en Azaña el decreto burocrático le era mucho más íntimo, querido y soñado que su famosa reforma militar.

Cuando el tajo de los artilleros pasó nada. (Hasta unos años después los años de vacilación.) Ahora en el tajo de Azaña tampoco pasará nada que Azaña permita que pase. Hasta que Azaña vacile. Y parece que vacila. ¡Ojo!

c) "Ciertas alegrías ciertas inquietudes".—Que en Azaña se ha revelado "un carácter" superior al "provisional" de don Niceto lo demuestra no sólo "ovejas sin pastor", las masas benditas de España, sino algunos cachichanes que han comenzado a hacer gestos desmesurados y sospechosos. Por ejemplo, Salaverría, cuyo artículo en *A B C* colgando entreveladamente a Azaña, o Mussolini muestra cómo pueden llevarse las figuras al absurdo, y como pueden desnaturalizarse, el valor totémico exacto de Manuel Azaña. Lo mismo sucede con esas inquietudes que muestran algunos socialistas y algunos profesores, llenos de temor ante el desarrollo imprevisto de "una personalidad". Mientras Azaña no caiga en el pecado de Alcalá Zamora de avanzar un paso más del paso que le correspondía, o sea, que ha dado ya, Azaña será—no un peligro—sino la máxima seguridad de la República, tal como se encuentra en esta fase.

La solución, mañana.

La incógnita se despeja, y me preguntaba hace un mes si los rubros políticos en España se desviarían hacia soluciones cada vez más "anónimas" o cada vez "más nominadas".

La solución Azaña—da la sensación de ser "lo nominado"—hacia lo que camina. De ir cada vez más adelante deseo de "la responsabilidad personal".

¿Será capaz Azaña de seguir ese camino? ¿De retroceder? ¿De desviarse? ¿De desarrollar su determinismo totémico hasta los límites insospechables? ¿De arrojar un día la máscara trágica? El ejemplo de Alcalá Zamora—ahí tiene, a los pies, tendido. Pero también—y yugulado—el del odiado "Urvater". ¿Qué hará el escritor Manuel Azaña presidente del Gobierno? La solución, mañana. Mis catalejos siguen enfocados y complacidos.

TRAS EL SANTO Y SEÑA

Lo social y lo socialista

Los mismos sentimientos que me impulsan para considerarme anticlerical siento que operan en mí para alarmarme contra el socialismo.

Esta repulsa instintiva y simultánea—contra socialismo y clericalismo—, indudablemente no constituye ni pecado, ni anomalía sentimental, ni perversion política, como pudiera temerse en principio. Ya que la realidad va, cada vez más, concediendo validez objetiva a tal instinto bivalente.

Creo que no se ha dado nadie cuenta aun de lo que significa el que la persecución clerical, en estos instantes mundiales, vaya acompañada de la derrota del laborismo, del socialismo.

Es tan paradójico, que de puro extraño resulta sintomático. Resulta significativo.

Resulta que el ansia de pureza en el mundo es mucho más viva y ardiente de lo que parece.

Solo un ansia íntima de verdad, de lealtad, de honestidad, de eficacia y de purificación—en las entranas de las conciencias—hace posible el que las conciencias ingenuas del mundo se decidan a desenmascarar toda impostura.

Ya he sostenido en mi manifiesto anticlerical del "Robinson número 3" que yo soy anticlerical, como lo son las masas actuales: por sed de religión, por rebeldía contra quien ha matado a Dios a fuerza de usarlo, abusarlo y desusarlo (no hay ninguna Orden religiosa más cerca de Dios que los "sin Dios" bolcheviques). Toda Contrarreforma en la vida religiosa de la Historia ha consistido fundamentalmente en una depuración de responsabilidades, en una quema de materia muerta, en una cirugía de carne purulenta y putrefacta. Lo clerical es la corteza iria que poco a poco va enloviendo lo religioso hasta congelarlo, hasta aniquilarlo.

San Francisco, un anticlerical. Como lo fué San Ignacio, por no citar otros héroes que estos católicos occidentales, europeos.

El mismo fenómeno se ha ido desarrollando en "lo socialista", como se desarrolló anteriormente en "lo liberal". Lo liberal llegó a constituir exactamente lo contrario de lo liberador. El origen político del liberalismo estuvo en su ansia pura y noble de liberación. Pero a fuerza de bastardear este ansia lírica y suprema del hombre, lo liberal llegó a ser arrojado por verdaderas reacciones liberadoras, que—si reacciones aparentes—eran mucho más liberadoras en el fondo que lo liberal.

Y esa es la clave de lo acaecido con el socialismo. El socialismo nació en el mundo político por un ansia pura de justicia social. Por un sentido magno de "lo social" en la historia. Por una querencia sintética a priori de justicia. Pero el socialismo comenzó pronto a ser desleal consigo mismo, promiscuo, ecléctico, bastardo. A perder su exacta ecuación con "lo social" y a derivar a injusticia, a falsa interpretación "clasista". A transformarse "lo social" en "socialista".

Cuando en 1902 Lenin rompe con los mencheviques, no hace sino repetir el gesto heroico de todos los reformadores del mundo. Gesto de Lutero. Gesto de Confucio. De Mahoma. Y en último término, de Cristo mismo contra los fariseos. A Lenin se le ha comparado seriamente con Loyola.

También se ha comparado a Mussolini cuando en 1922 derrota en nombre de "lo social", al socialismo de Turati y Amédola, a su propio socialismo de Casa del Pueblo y *Avanti*, cuando se sacude la sustancia córnea que estaba a punto de asfixiarlo.

La patria antes que el partido, ha dicho en estos días otro contrarreformador, Macdonald, salvando nuevamente en la historia europea "lo social" sobre "lo socialista".

¿Qué es "lo social"? No definamos. ¿Para qué? Si todos lo sentimos, ya que no lo sepamos, qué cosa sea. Si todos vamos sabiendo qué es "lo socialista".

Lo socialista es lo clerical; es el sistema administrativo de un dogma cuando tal sistema deja de ser sistema, cuando lo administrado deja de querer serlo, y se aleja, y se democratiza, y recela, y se enfía, y—en última instancia—se revuelve y se vengá.

Ignoro si "lo socialista" de España presiente esta catástrofe, como ignoro si nuestros clericales se han dado todavía cuenta de lo que en España ha significado la famosa quema de conventos.

Cada minuto que pasa yo espero más ansioso. Palpitante. Con el alma tendida. Y con las manos enlazadas a nuestras pobres masas españolas abandonadas, indefensas, irredentas.

Cada minuto que pasa, enlazado a nuestras masas, yo espero ver salir de entre los escombros y las propincuas ruinas el Santo y el Héroe, los grandes seres "sociales" que interpretan la angustia infinita de esta España perdida, como se expresa un poema. Como se expresa una salvación.

Cada minuto que pasa yo espero sencilla y terriblemente eso: nuestra salvación. La nueva interpretación creadora de "lo social" en España. La superación trascendente de socialismo y clericalismo en España. El haber encontrado—por fin—España su santo y seña.

PARA «EL SOCIALISTA»

Admiraré también a Largo Caballero

Estimo mucho a "El Socialista" la distinción que me hace ocupándose de mi modesta pluma en su primera plana. Me recuerda su ataque—exactamente—los que en primera plana me dirigía "La Nación" cuando en vez de Largo Caballero mandaba Primo de Ri-

vera. ¿O es que entonces también mandaba Largo Caballero? Yo ya no me acuerdo. Pero es curioso este no coincidir nunca de uno con el que manda. Claro que el que manda es un revolucionario siempre, y el que piensa diferente, un reaccionario. Pero yo no aspiro

a pensar diferente de Largo Caballero. De todos los políticos actuales es el que más simpatía nacional me inspira. A pesar de "lo socialista" de su figura parece ser que intenta dar el salto a la revolución de "lo social" español. A nacionalizar lo socialista de España. Tiene un buen mentor en el querido y admirado amigo Araquistain—gran socialista nacional—. Tan de veras lo digo, que me apuntaría en el partido ahora mismo sino fuese algo feísimo apuntarse donde dicen que van a repartir pronto chatitos con tapas. No se ofusque, pues, "El Socialista" si pronuncié la palabra "Mussolini". Tal vez quise pronunciar "Largo Caballero". Sé que ese

palabrón no debe tener otro "pronunciamiento" que el oficial que le dé el ilustre jefe y homónimo mío: Caballero; el largo Largo Caballero. Aunque temo que si pronuncia más declaraciones sobre el poder (en vez de caer atigradamente sobre él) vamos todos a pensar que es un toque a rebato, desesperado, clasista, obrerista, partidista—"socialista" mismo o a otras cosas dejen de correr una vez—para que los tráfugas al comu-poco. Y para que no adviertan las gentes que "lo socialista" no es hoy más que un "general" y "un cuadro de oficiales" de "socialistas oficiales en el presupuesto", batiendo la última trincherá.

LO DEMOCRÁTICO Y LO POPULAR

Madrid, ya es democrático

El otro domingo a media tarde vi a Manuel Azaña, nuestro presidente del Gobierno, paseando por el paseo de Rosales, dando la mano a un niño, mientras una criada llevaba otro en brazos y otro empujaba, la madre, dentro de un cochecito. Digo que vi a Manuel Azaña porque no le vi. Digo que le vi en la semejanza asombrosa de figura y cara y clase de aquel hombre de tres hijos con mujer y niñera, de aquel empleado, burócrata o funcionario, carne y símbolo de Madrid, que Madrid es eso ya; y nada más que eso, funcionarios por el Paseo de Rosales; y por eso que ya no es más que eso Madrid—me pareció grande Manuel Azaña, como parecen grandes todos los signos que en la altura simbolizan lo que tienen a los pies.

No es Azaña quien ha llegado al poder hoy en Madrid, sino Madrid quien hoy ha llegado al Gobierno con Azaña. Madrid de hoy, que ya no es el de ayer ni el de anteayer ni el de mañana.

Anteayer—era el Madrid feudal del monte del Pardo y de la residencia imperial de un monarca. Madrid era El Escorial. Una espada y una cruz.

Ayer—era Madrid—tradicción y cortezanía, recuerdos imperiales, podredumbre y belleza de un gran crepúsculo. Era La Granja, Aranjuez. Y era la Puerta del Sol, motines de cuarteles y motines de populacho.

Mañana. Madrid... mañana ¿qué será Madrid? ¿De nuevo un villorrio medieval arruinado? ¿O una ciudad seca, anti-pática, rígida y federal, una Ginebra ibérica? No sé lo que será mañana Madrid.

Hoy sí sabemos lo que es: democracia. Lo que es: Paseo de Rosales, Parque del Retiro, Casa de Campo dominguera, carretera del Pardo llena de taxis. *Cracia del demos* de Madrid: o sea: poder del funcionario, del empleado, del burócrata, del periodista, del pequeño comerciante, del obrero burgués, Madrid del fútbol en Chamartín, de la Cuesta de las Perdices, de la merienda en Molinero, del "golf" en los bares de un teatrillo, del Cementerio del Este, del Metro a los Cuatro Caminos, del Cine del Callao, del Lyceum Club, del bailecito de trajes en fondas hoteladas... Madrid es la democracia del césped recortado del parque del Oeste, de excursionistas a la sierra, a Toledo, aquí, allí, autobuses, chalecos, morrales, casas con ascensor y un cuartito de baño, lectura de Crisol o de Estampa, y Escuela Central de Idiomas, mecánografía, Instituto Reus... el Madrid de los "destinos" en el Estado. El Estado soy yo, yo, el demos de Madrid. *Demos*, *cracia del demos* matritense... Que como todos los *demos* de ciudad europea y moderna—nada tienen ya que ver con el pueblo, con el sentido rural, pagano, genial, originario y manantial de un país.

La democracia triunfo del *demos*. Pe-

no del pueblo. Varía mucho un socialista de un campesino, de un soldado, de un obrero de gran industria, de un marino, de un cura de aldea, de un pastor, de un maestro de lugar, de un cosechero, de un vaquero, de un sembrador, de una moza bailando la jota, de un mendigo de carretera, de un notario provinciano, de un médico rural, de un afinado cualquiera de un país, sobre una tierra, o sobre un mar.

Ya sé que todo camina hacia la democracia, hacia lo mecánico; que todo conspira contra lo popular, contra el pueblo mismo; que la ciudad devora como un cáncer el agro, el paisaje, el hombre y la bestia, la primitividad de la vida. Que todo se hace máquina, deshumano, racionalizado, confortable y tal. Que vivir y morir van siendo cosas sin excesiva importancia, cosas flanqueadas de específicos, de fórmulas urbanas, de mediocridad, de grisura, de americanidad, de sensatez y de facilidades.

Ya sé que el mundo se va parando, muriendo a fuerza de querer andar bien, vivir bien, y que las gentes se afanan por andar y vivir bien sin saber ya lo que es vivir. Pues si lo supieran pensarían que vivir es morir: sobrevivir. Y tenderían a resolver no sus *destinos*, sus *destinejos* democráticos, sino su *Destino*, eso que los filósofos demócratas han suprimido de las cabezas a fuerza de tabletas de aspirina—porque dolía demasiado, porque era inconfortable y poco democrática el Destino.

Gracias a que todavía en el mundo hay chinos, y rusos y católicos locos, y kukluxklanés fanáticos, y perfidias y horrores, y catástrofes terraqueas, y guerras y epidemias y nuevas enfermedades desconocidas y tiros por las calles y hospitales llenos de gentes de pueblo, y hambre, y niños aplastados por camionetas y algún que otro suicidio, y algún rincón rural donde aun se baila y se ríe y se persiguen mozos y mozas entre árboles a la luz de estrellas; y hay paisajes donde el agua no entra aun en turbinas ni es contemplada en su salto virgen por carros de turistas... Gracias a eso, gracias a eso, puede seguirse viviendo todavía un poco, y teniendo esperanzas de morir con esperanza, es decir, con temblor de futuro, con Destino diferente al destino del cemento Asland, sin soñar con el Paseo de Rosales, al dejar de soñar.

EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA

CONSTITUYE LAS LETRAS DE
ESTA REPUBLICA DE LAS LETRAS
CONSTITUYE SU ESPEJO DE AGUA SALINA
CONSTITUYE SU UTEZ DE PAZ

UN DIA CONSTITUIRA SU BIBLIOTECA



El colaborador de periódicos en España

Algunos amigos se me han acercado en estos días, asombrados y temerosos por verme colaborar en dos periódicos de Madrid: uno, de por la mañana, "El Sol", y otro, de por la noche, el "Heraldo". Asombrados ante el fenómeno de un escritor que escribe en estos tiempos, y en dos periódicos nada menos. Y dos periódicos de Empresas diferentes. Y temerosos de que ello constituya un enchufismo nuevo e intolerable no previsto por la República. Porque la moral literaria en España podrá consentir todas las inmundicias no literarias en el resto de la vida de un escritor, pero no esa terrible de que un escritor escriba, dé suelta a su vena honradamente y encuentre acomodo en órganos idóneos de escribir.

Pero lo peor es que no sólo son esos amigos los asombrados y temerosos. El más temeroso y asombrado de todos soy yo mismo. Siempre estoy esperando de un momento a otro que las Empresas de estos periódicos me digan: "Por concesión graciosa ya está bien. Ahora búsquese un puestecito en el Estado como sus otros camaradas. O, por lo menos, síndíquese, de modo que pueda exigirnos la publicación de sus artículos sin apelar a nuestra merced y bondad, como hacen los reporteros, gacetilleros y periodistas de plantilla, aquellos que Baroja motejó cruelmente "de mesa y patata", los que poseen su contrato de trabajo como lo posee un peón de albañil. ¡Qué más quisiera uno que ser peón de albañil, peón de algo en una construcción; no ya peón de un periódico, sino de una pared, de un edificio cualquiera de cal y canto!

Pero el colaborador de periódicos en España no tiene ni esa modesta salvación social del albañil. El colaborador de periódicos en España es el último escalón social de España, es el infimo de los valores sociales de España, el desamparado mayor de la Virgen de los Desamparados de España, el más trágico ser de nuestra tierra trágica. Menos que el hampón, y el vagabundo, y el paria, y el golfo, pues éstos tienen sus instituciones de guardias, asilos, hospitales, damas y caballeros visitantes, hermanitas de San Vicente de Paúl y una protectora y benéfica red legislativa apta a socorrerlos en todo momento.

El colaborador de periódicos en España no tiene nada ni a nadie. Si no se llama tener el tener la caridad transeúnte de unos amigos transeúntes, el tener la solemnidad de ser "pobres de solemnidad", de recoger una limosna sin aparentar que es una limosna, cuando se ha cantado un poco a la guitarra debajo de los balcones de la gente.

El colaborador de periódicos en España es el más desesperado de todos los oficios españoles. Es el último y terrible medio de vivir que no da de vivir en España. Pues habiendo quedado como una profesión de lujo y dignidad resulta a la postre la más indigna e indigente de todas las profesiones. El colaborador de periódicos en España es el heredero de todas las caridades y de todos los milagros españoles.

Cuando no había periódicos, el colaborador de periódicos en España era ese tipo a lo Cervantes, sí, a lo Cervantes, que para publicar su "Quijote" tenía que

arrodillarse a los pies de un magnate, de un Lemos cualquiera, y pedirle unos céntimos y poder seguir escribiendo la segunda parte.

Recuerden ustedes el escándalo que se armó cuando Larra logró cuarenta mil reales por colaborar en periódicos españoles. Tal escándalo, que tuvo que suicidarse de vergüenza.

¡Castiza profesión española ésta de colaborar en periódicos! De hijosdalgo. De hidalgos que se pasean enhiestos por el mentidero de la ex corte, un mondadientes en la boca y el cinto apretado sobre el estómago.

Cuando el gran Manuel Aznar, en nombre de "El Sol", me permitió que el "Heraldo" me diese algo de cenar también por la noche y luego reunir las migajas en mi GACETA LITERARIA, sentí sinceramente que las lágrimas acudían a mis ojos y ganas de besarle la mano, como hacen aún algunos castizos, tradicionales y honrados mendigos de España con sus nobles favorecedores.

Y esa misma mendiguez sentí cuando el director del "Heraldo" me tendió su escudilla humeante.

¡Grandeza y servidumbre del colaborador de periódicos en España! ¡Romántica España! ¡Miseria de solemnidad! Los turistas debían venir a España sólo por contemplarnos a nosotros, la romántica especie del colaborador de periódicos. Y de hecho todos los empleados del turismo en España son "colaboradores de periódicos", para mejor hacer, sin duda, la propaganda.

En los países "modernos y democráticos"—a lo Yanquilandia—el colaborador de periódicos no existe. Es un guarismo y una puja, como un campeón de boxeo.

En los países "antiguos y bárbaros"—a lo Rusia y a lo Italia—tampoco existe, porque se le ha sindicalizado como un "brigadier de choque", como un peón de albañil al servicio de un Estado, de un Plan más o menos quinquenal, de una función social sublime y circunscrita, como deber ser la del "colaborador de periódicos".

Sólo en España—por hablar de las culturas del mundo—, sólo en España el "colaborador de periódicos" es un nada y un nadie. Un pasaje de caridad. Un emigrante que emigra todos los días sin emigrar. (¿Por qué extrañarse de que el "colaborador de periódicos" valga luego en España hasta para embajador?) El "colaborador de periódicos en España" es—simplemente—una pena. Un ánima en pena: de purgatorio; quemándose los pies sobre un infierno y viendo a lo lejos inabundables paraísos. Escribir en Madrid es algo peor que llorar, querido Larra.

Los anteojos



Progreso de la música en España.

Por más vueltas que le doy, queriendo ver si ha pasado algo, no logro descubrir más que un cambio de balanza partidística, una clásica crisis de sistema parlamentario, una nueva prolongación del truco bipolar liberal-conservador. Sin más añadidos que los naturales de la edad, los adelantos del tiempo, los avances del metal en las orquestas. El progreso de la música en España.

Yo me acuerdo bien cuando un joven de tanto talento liberal como Angel Galzarza, militaba bajo Romanones.

Un día será un personaje—nos decíamos todos. Cuando baje la balanza de los conservadores. Bajó, y ahí está Galzarza en el platillo liberal alzado. ¿Que no ha triunfado bajo Romanones? Eso es lo que se podría discutir, de tan indiscutible que pudiera ser. Lo que sucedió es que Romanones ya era viejo, como resultó viejo Cierva para los conservadores, cuando el famoso 23.

Ya no se pueden hacer crisis suaves, de dos cuerdas y un piano, crisis sentimentales y pacíficas, de quitate tú que ahora voy yo.

Ahora se ha aumentado el metal con eso del jazbandismo.

Ahora hace falta mucho más estrépito para musicar la cosa.

Primo de Rivera tuvo que redoblar un charrasco y un bombo, para dar modernidad al pase de los conservadores a la balanza bipolar.

Lo mismo hubo que hacer al pasar los liberales al platillo. Hubo que aumentar el ruido del platillo.

Rogando al rey que se marchara y hablando de revolución de las libertades—para dar mayor sonoridad y fox-trot al Himno de Riego.

Si ahora llega en España otra vez el triunfo de las derechas habrá que ir pensando en la orquestación monstruo necesaria. Tal vez a base de todos los cines sonoros del país, sonando a un tiempo la marcha real inglesa.

Pues en España—creedme, amigos—la política no ha dejado de ser eso de "con la música a otra parte". Un progreso de ruido más o menos agradable.

Político tonto y repórter zahorí.

Otra de las pruebas de que aquí no ha pasado nada es esa del político tonto y repórter zahorí.

Desde que leo periódicos en España, desde mi infancia—¿y ustedes amigos? ¿también, amigos?—ese espectáculo de circo.

Los reporteros se agrupan a la puerta del Ministerio, todos vestidos de verde, con galones amarillos: auténticos reporteros de la política española, como los porteros verdeamarillos de un circo cualquiera.

¡Ya sale, ya sale el agosto, con su "clown", con su tropa en "mallot", seda, harina y colorette!

Las cabezas de los reporteros se vuelven hacia el personaje de circo y comienza la escena, la escena divertidísima, que desde que leemos periódicos en España venimos contemplando, amigos.

—Señor ministro—dicen los zahoríes reporteros—, ha pasado tal cosa en España, no sabía nada?

—No sabía nada—responde el ilustre tonto—; es la primera noticia.

Y así al día siguiente:

—Señor ministro—le informan los zahoríes verdeamarillos—; se dice que tal asunto va a resolverse en el consejo de hoy.

—Ignoro esos rumores—responde el tonto magnífico—; saben ustedes más que yo.

Y así al mes siguiente:

—Señor ministro, se sabe que el ministro tal prepara un decreto tal.

—Ah, eso se lo dirá a ustedes tal, porque yo nada tengo que ver con tal.

Y así al año siguiente. Y al siglo siguiente.

El ministro en España es el tonto. Y zahorí el repórter.

¡Benditos reporteros de España, siempre conductores de nuestra política! ¿Por qué no se hace en España ministros a los reporteros y reporteros a los ministros?

Lo terrible de España es que hasta eso se ha ensayado. Pero todo repórter zahorí, apenas llega a ministro en España, resulta tonto.

¿No sería la hora de suprimir al repór-

ter político y al político repórter? ¿No habría medio de conseguir en España—como lo han conseguido otros pueblos—menos infantiles, menos asiduos al circo—esta farsa crónica y charlotesca de repórter zahorí con el político tonto?

Yo no lo digo por mí. Siempre entusiasta del circo—tengo abonada mi silla de pista y soldado el chaleco para reír a gusto, mientras vivamos España y yo.

Charla de las dos banderas

¡Cuánto siento tener que reanudar nuestra amistad—admirado valenciano García Sánchez—con una reconven-

Ya le dije la otra tarde en el Palacio—al saludarnos—que mi Robinson le seguiría como el ojo de Polifemo, con atención ciclópea.

Lo que ha hecho usted con Gómez de la Serna no me ha parecido justo. No por que yo sea amigo de Ramón. Si Ramón hubiera hecho con usted algo parecido, me hubiera vuelto contra Ramón.

Ramón no le ha aludido a usted nada. Si no llama usted aludir a ese suceso del que va por la calle y vuelve la cabeza al oír que alguien grita al aire ¡so tal! Ese volver de cabeza indica tranquilidad de conciencia, y usted no debería tenerla intranquila. Usted es yo un valor nacional, recreador de un género muy levantino y antiguo: el charlador.

Los públicos le son fieles. Los críticos benevolentes.

Nadie estorba ni barra su camino. Camino real, cimentado en firmes especiales.

El camino de Ramón no es fácil. Quiere llevar a sus conferencias un género difícil y arriesgado, que no todos soportan. Las citas de ese periodista que usted cita a Ruano, son citas de un currinche.

Pero yo admito todo: yo admito que Ramón tenga menosprecio por su charla y la califique de fácil vericuetos. Y que usted bromee sobre la conferencia de Ramón y la denomine como peor le parezca. Lo que no admito es que deje usted entrever con aquello de la bandera, alusiones políticas. Esas alusiones que pueden ser hasta criminales.

¿Es que ha querido llamar usted repúblicano a Ramón? ¿Es que se considera usted monárquico?

En la lista de embajadores y ministros de la República que ondeó El Debate, como una verdadera banderita tricolor, estaba su nombre, el de usted, y no el de Ramón.

En cambio, Ramón emigró de España, antes que Benavente. Y emigró de verdad, no como Benavente desde el A B C.

Ramón es tan valor nacional como usted. Cada cual en lo suyo. Con bandera y sin bandera.

La tragedia de España es que España no tiene bandera auténtica para recoger sus valores nacionales.

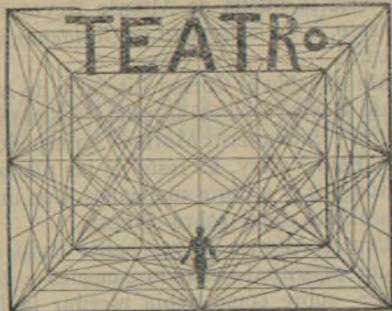
Si la tuviera todos estaríamos agrupados a su materna sombra, sin destrozarnos como ángeles y luzbeles, en pleito de las dos banderas, como diría San Ignacio.

Si España tuviese bandera indiscutible y válida no consentiría estas guerras civiles, que son más atroces cuanto más espirituales.

No consentiría que cada cual sacase su bandera personal convirtiéndola en banderilla que clavar al compañero.

¡Triste destino el nuestro, jugar a los toros hasta con la patria! ¿No sería el momento de cambiar de suerte? ¿Y porquernos todos a lograr una bandera fija, alta, reverencial e inmutable, por encima de todo impresionismo, de todo color?

Piénselo—amigo Sánchez—que ello vale la pena; y la alegría; de usted y de todos.



El embajador de los jesuitas.

Estaba yo un anochecido en el despacho del director de *El Sol*.

—Telefonéan de parte del señor Rivas Cherif: "hay entradas, para un redactor, en taquilla. Asiste esta noche el Gobierno a presenciar "A. M. D. G.", de Ramón Pérez de Ayala".

—Señor director; ¿me permite usted que vaya yo?

—Encantado.

—Yo, yo soy el encantado.

Me puse la gorra más siniestra que tenía, bien ladeada a la izquierda. Nada de confusión con los "luisés". Yo iba a mezclarme bien con la obra y con el ambiente.

Efectivamente, la mezcla fué automática. Me encontré con un teatro lleno de gorras. De gorras siniestras. Las más siniestras eran aquellas que iban acompañadas de garrotas. O aquellas gorras de plato, con su mangello correspondiente, de los guardias de asalto. Se veía que el autor había tomado sus precauciones—de acuerdo con el Gobierno—para producir la *catarsis* en el espectador de modo rápido, si éste se resistía.

La Presidencia tardó en llegar veinte minutos, tras la hora marcada. Pero nadie protestamos. Los gorras, no tienen derecho a protestar. Al contrario: nos pusimos en pie, como una sola gorra, y aplaudimos a la Presidencia apenas apareció en el palco; y no la dejamos de aplaudir, hasta que sacó el pañuelo, y sonó el clarín dando suelta a los moruchos de aquella nocturna.

Tras los dos primeros toretes—y viéndome que ya la *catarsis* podía producirse sin recursos mecánicos en la sala—el autor apareció en el palco presidencial. Los gorras no debían conocerle, porque no comenzaron a aplaudir, como era su deber, mientras la Presidencia le felicitaba por la faena.

Sobre todo aquella faena—¡cuánto nos reímos los gorras con aquel primor y bordado!—cuando un vendedor de periódicos, sacando y metiendo el bajo vientre, llamó atipladamente a un jesuita: ¡marica!

—¡Ja, ja, marica! Pos no le ha llamao marica!—decía una cofrade sentada detrás de mi fila.

La representación se deslizó como si en vez de asistir a una demolición de principios sociales asistiésemos a un convite de boda, a un bateo. Todo lo encontrábamos bien. A nada le dábamos importancia. Hasta que... hasta que se produjo la *catarsis*.

Indalecio Prieto se quedó dormido en un palco frente al del presidente. ¡Cansan tanto los números de tantos cuadros! Fué la *catarsis* más plácida la de Prieto.

La trágica, la verdadera, fué la del resto de nosotros, las de los gorras. Al final, sentimos ganas de llorar. Como una vaga ansia de protesta frente a un vago engaño. La cofrade de marras—al final—suspiraba y no era dichosa. Estábamos catárticos, impresionados, y molestos.

Fué inútil que dos o tres latiguillos como aquel final de "¡hay que arrancarla de raíz!", o aquel sonsonete de a "la libertad" hiciesen aplaudir cortésmente a nuestras gorras. Nos sentíamos defraudados: estafados.

A nosotros nos habían dicho que

aquella obra era un escándalo, una verdadera subversión, inversión y reversión de la religión y de sus detentadores los jesuitas.

Y nos encontramos que—a pesar del burdo cañamazo dramático—por allí desfilaba vida de España, alma de España. Que un padre Sequeros salvaba—con su sacrificio, dolor y humildad—la grandeza de Loyola. Que un padre rector, con su inflexibilidad casi sublime, con su "somos fuertes porque somos castos", enaltecía el jesuitismo de modo incommovible. Que las angustias del niño aquel—impresionaban por lo que de sedimento trágico y trascendente le dejarían en la vida. Que aquel fraile sensual se le expulsaba. Y al violento, se le toleró porque la función se acabó. Porque el telón bajó. ¡Qué estafa! Si ya lo decía uno allí: *Este Pérez de Ayala se ha disfrazado de embajador de la República para hacer propaganda de su orden. Es un verdadero frailelucó. ¡Ya lo creo que ha hecho A. M. D. G.!*

—*Debe ser verdad*—decía otro—*que este Pérez de Ayala escribió hace unos dos o tres años una carta a una señora, arrepintiéndose de la novela A. M. D. G., y confesándola que si pudiera destruiría aquel engendro.*

—*Algo debe de haber*—añadió otro más enterado—*por cuanto el nuevo partido conservador y católico que proyecta Miguel Maura, cuenta ya con este embajador.*

—*¡Y esos "luisés" que han ido a la cárcel, quienes creen ustedes que fueron?*—remató un chulón de garrota.—*¡Pos conchavaos! ¡Agentes provocativos de la obra! Ya ven, hoy es la representación 25. ¡Ná, las bodas de plata!*

Nos quitamos tristemente las gorras todos. Y nos persignamos. No fuera que llegara de pronto al Poder el nuevo partido católico del embajador asturiano y nos cogiese sin confesarnos.

El Embajador de Cristo, en España.

Pérez de Ayala no ha llegado a ser escandaloso hasta que se ha metido—o le han metido—a dramaturgo. Mientras se dedicó a versificar, a novelear y apostillar—todo lo más escandaloso que hizo fué molestar a don Jacinto Benavente, posponiéndole a Carlos Arniches, a los Quintero y a Pérez Galdós.

En cambio, Jacinto Benavente—fiel siempre a su genialidad dramática—, no ha hecho en toda su vida más que escandalizar. A diestro y siniestro. A curas, a ateos, a monárquicos, a republicanos, a tontos, a tontas y a locas, a frigos y a frígidos.

Sin embargo—Benavente es una gloria nacional, a pesar de sus escándalos. Lo que no puede decirse de Pérez de Ayala—a pesar de los suyos.

El intringulis pudiera estar en esto: que Benavente realiza en su obra lo contrario que en su vida. Y Pérez de Ayala intenta llevar a la obra lo contrario de lo que llevó a la vida.

Benavente: un solitario, un escéptico, un anárquico, un cáustico: asienta en su drama español, esencias fundamentales de lo español: la familia, la fe, la disciplina, la ingenuidad.

Ayala: un excelente padre de familia, un pánfilo de muchos credos, un disciplinado demócrata, y un poeta a ratos—quiere construir una obra demoníaca y pulverizante.

Naturalmente; el católico pueblo español diviniza al demonio que se arrepiente. Y condena, por desconfiado, al santo. Hace gloria nacional al donjuanesco y libertino don Jacinto. Y quemado como apestado, al santo varón renegado Ramón Pérez de Ayala.

La obra de Benavente sobre los *Hijos de Adán que no son hijos de Eva*, propone un asunto espantoso y maligno. El problema judíocomunista de la familia. Pérez de Ayala hubiese puesto una noble familia cristiana y la hubiese hecho bolchevique. Benavente pone

una innoble familia hebrea y la cristianiza. Calofríos de emoción corren por los espectadores, en ráfagas evangélicas renovadas, reverdecidas.

También en *La melodía del jazz-band*—propone Benavente el problema del hijo, de lo filial. El drama de padre estéril que lleva Benavente en las entrañas (padre estéril de lo carnal), le salta con fuerza autobiográfica, lírica. Benavente es el amigo, el hermano—como se dijo de aquel poeta—el camarada de la prostituta, de la escarnecida, de la vilipendiada. Benavente, por eso, es hijo dilecto de Cristo. Un alma trágicamente cristiana. Su rencor es santo. El rencor de Ayala, es maldito. El rencor de Benavente es cristiano. El de Ayala es judaico. Por eso Benavente es gloria nacional.

Benavente no juega sólo con los actores. Juega con los espectadores. También Ayala ha querido jugar con los espectadores haciendo que se peguen en el patio de butacas. Pero esa técnica de pegarse en el patio, es técnica de vecindad o de corrida de toros.

La verdadera técnica dramática de jugar con los espectadores, es haciendo que se peguen fuera del patio. Bravamente, al aire libre.

Las declaraciones de Benavente en *A B C* y en *El Sol* sobre si debe emitir como monárquico, o si debe votar a Pestaña porque los monárquicos son unos zotes—representa esa técnica—a que aludo—en su grado sumo.

Sienten los personajes ganas de salir en busca del autor para matarlo. Pero al fin se resignan y dicen: *¡pero este don Jacinto!*

Es la misma rebeldía que sienten los personajes de la vida contra el *Deus ex machina* de sus destinos. Aunque a la postre se resignen a un *¡Vaya por Dios!*

¡Gran don Jacinto! Este viejo juvenil. Sonriente. Terne. Audaz. Poderoso. Milagro de secreciones internas. Inmarcesible, a sus años.

En la República joven de España, el único que no es ya viejo—ése, precisamente: don Jacinto. Nuestra más vieja gloria nacional. Embajador de Cristo en España.



Belmonte en jaca, o el último mártir de la República.

Ya Belmonte no toreaba. Ya Belmonte no hacía nada a derechas en la vida taurina de España, por haberse metido precisamente a hacer todo a derechas: el hacendado, el intelectual, el amigo de los ministros y de los embajadores. El burgués más intolerable. Llegando en sus recolecciones de olivarero, a burdos trucos burgueses con sus asalariados de la aceituna.

Una tarde de noviembre, lluviosa, estaba Belmonte sentado en el tendido de España. La corrida iba siendo un desastre. Nadie toreaba bien. Había hule, pitos, almohadillazos. Saltaban los estroques al espectador. El pobre toro de España, acribillado de malas faenas, mugía como un ángel de tinieblas.

Toda el alma torera, popular, noble y valiente de Belmonte se removió, en asco y heroísmo. Sintió que en las entrañas le nacía un terremoto, su terremoto entrañable. Sintió que nadie se

acordaba del pueblo, del espectador: sintió que el espectador se encanallaba cada vez más, que se le explotaba cada vez más, sacándole dinero y no ofreciéndole fiesta. Y en un arranque espontáneo y genial—como espontáneo genial, se tiró al ruedo.

Montó en su jaca y se lanzó hacia el toro. Fué mágico aquello. El pueblo encanallado y triste se purificó, en el acto, ante el ángel de la jaca. Volvió a ser el pueblo magno, alegre, entusiasta, soleado y lírico de las mejores tardes de España.

Pero el esfuerzo del salvador de España fué superior a sus fuerzas. El toro le derribó de la jaca y le corneó.

¡Qué espanto, helado y trágico, por el alma del pueblo! Hasta ese espontáneo salvador, corneado y derribado, también. Fatalidad. Destino. Sino amargo.

Belmonte camino del hule, como Cristo en angarillas, como en el Santo Entierro—sonreía crucificado.

Nadie ha pensado en el Parlamento, nadie—ni ministros ni embajadores—colocar junto a la lápida de Jaca, la lápida de la jaca de Belmonte.

Pero, yo sí. Yo, en mi Robinsón he puesto—pongo esta lápida a Belmonte:

"A Belmonte, héroe de jaca, último mártir de la República española—nosotros, el noble pueblo español, agradecido."



Las tripas del silencio español.

Luis Buñuel ha proyectado el domingo pasado, a puerta cerrada, con todas las precauciones posibles, su famosa *Edad de Oro*. La ha proyectado a unos cuantos amigos elegidos, selectos y tal. Con esa preocupación tan anticomunista que tienen los surrealistas: de a la minoría siempre. Y que entre nosotros—salvando la autenticidad de Juan Ramón—se llama: esnobismo.

Cuál no sería la cara de Buñuel cuando tras una hora de tremenda proyección, sólo se produjo en la sala un silencio perfecto, de lo más distinguido.

El silencio clásico de la minoría española: el silencio del listo a quien no se engaña en un país de tontos.

Bien que los ingenuos franceses—a pesar de lo que en estos pueblos listos como España se cree de ellos—se hayan pegado por este "film". ¡Pobre España! ¡Con lo inteligente y enterada que es España! ¡Aquí! Donde en nuestra distinguida sociedad de Cursos y Conferencias, nuestro Cineclub, nuestra Revista de Occidente, han desfilarado todas las celebridades más epatadoras... ¡Oh, oh!

Yo concibo que aquí nadie se mate por la Edad de oro, porque nadie se mata por la edad de oro en la vida: ni por Dios, ni por el Diablo.

Lo que no concibo ya—de monstruosa que me va pareciendo—es esta horrible frialdad, es este estar por encima de todo. Esta aristocracia nuestra de palurdos, que considera la emoción y la sinceridad sólo útiles para invocarlas al pueblo y cobrarle luego las dietas en forma de república.

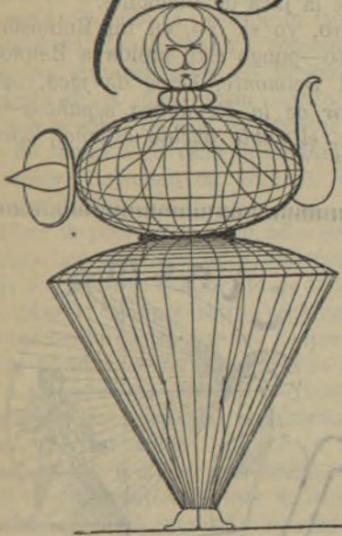
La *Edad de oro* es un "film" emocionante y sincero, y poético y grande. Lo afirmo con todas mis fuerzas. Y hubiese roto a aplaudir, sino me hubiesen tomado por amigo del autor, por surrealista o

por cualquiera cosa peor que esas. Y me parece poético—porque es moral—. Es el "film" más religioso que se ha hecho hasta ahora en el cine. Hay en él tal ansia de liberación y de pureza, que sus influjos de Sade y de Freud y de otras cosas, no cobran importancia. ¡Esos tambores aragoneses rodeando al deseo salvaje y libre de un hombre y una mujer! ¡Instintos en libertad, llevados por vez primera a la pantalla mundial e infinita del Cine!

¡Bravo, Buñuel, bravo! El bravo taurino, que no pude darte a tiempo, toro bravo de España.

¡Cuándo llegará en España la hora de la Inquisición de España! ¡La hora de los toros bravos de España! ¡En que podamos aplastar los escorpiones de España tocando el tambor de Calandra sobre las tripas del silencio!

Moda



El sombrero isabelino

Pasada la pureza heraclida de la postguerra—la mujer ha dejado su casco: sus sombreros de aviador, sus yelmos feltrudos de trinchera.

Han comenzado a surgir nuevamente las volutas y las complicaciones. Las curvas, los ondulamientos, los lazos y hasta impertinentes plumitas de ave: lo aiaao.

El sombrero de avión, de los años novecientos veintitantos, exigía un pelo ayarzonado en la mujer, una cabeza ejebica, rapeada y tonaa.

El sombrero que empieza a cundir en estos años de novecientos trentitantos, postula lo que ya empezaba a darsele: cabellos más largos, ideas más cortas, petuquería más barroca.

Lo cierto es que el sombrero de forma de navicela, de navecula volcada sobre el mar de rizos, comienza de nuevo a bogar sobre las testas femeninas de Europa. De España.

¿Como llamar a este sombrero, acostado como barca sobre orillas careneras, como lanchilla a carenar sobre playas rubias o negras de pelo?

Las modistas francesas le llaman métricamente "Segundo Imperio".

Yo le denominaría a nuestro sombrero en España, "sombrero isabelino". Tienen una música de "can-can" y de "Gran Duquesa de Gerolstein". Huele a primeros humos de ferrocarril, y progresismo. Baila en la cabeza con ritmo de mazurca y de "redowa". Y se le encuentra en el "Museo de las familias". Lo ha pintado Renoir, y Menzel, y Geysling, y Madrazo. Y lo ha visto Napoleón III, Luis II de Baviera. Y la Montijo le hojeó en "Le Miroir Parisien" y en "Le Petit Courrier des Dames".

El sombrero isabelino tiene hoy toda la gracia vieja y desueta que tiene a veces nuestro Parlamento.

Margarita Nelken: usted que tanto entiende de modas y tiene nombre isa-

belino y nombre de novela de Dumas, ¿por qué no lo incluye en la Constitución, tras cualquier Artículo? Es un artículo de París, no peor que otros parisienses de nuestra Constitución.

Nuevo Méjico, antigua España

Agradezco a Jiménez Siles este libro de Méjico traducido para Cenit. Este libro de Adolfo Reichwein, que acabo de leerme.

Tenia uno ganas ya de cereiorarse objetivamente sobre lo que Méjico fuera. ¡Sabía uno tan poco de Méjico! Tan poco, como poco sabe uno de Argentina, de Cuba, de todo eso que llamamos pomposamente Hispanoamérica.

Hispanoamérica es un concepto pedante y sin sentido. Se ha querido crear en él un lazo estrecho de relaciones y más que un lazo es un lío.

Yo no me avergüenzo de confesar a las gentes que yo apenas tengo idea de lo que los pueblos hispanoamericanos sean. Pero si ustedes preguntan al resto de los españoles sobre estos pueblos, los verán avergonzarse. Porque tampoco lo saben.

A mí—a nosotros los españoles—se nos ha hablado de Colón, de Cortés, del ganado argentino, de la Raza, de los sin Dios de Méjico, del Canal de Panamá, de familia cubana, de un tío en el Perú, y de cosas semejantes.

Pero desde nuestra niñez—darnos una nutrición metódica, objetiva, minuciosa, entrañable, plástica, encendida y exacta de lo que América para España sea—nadie, nadie nos la ofreció nunca.

Escribir y pensar sobre Hispanoamérica es hoy algo titánico para un español. Pues ni esos afortunados viajeros de última hora—a lo Ortega, Castro, Fernando de los Ríos, Zulueta, etc.—han sabido decirnos todavía nada que nos valga para salir del trágico apuro.

Díez-Canedo, nuestro más famoso crítico literario, también hizo la excursión. Todos esperábamos de su trasatlántico salto una serie de Manuales literarios, de visiones panorámicas de aquello.

Díez-Canedo, sólo pudo ofrecer a la curiosidad sedienta de uno: un delicado ramito de Epigramas.

Cuando Guillermo de Torre partió para Buenos Aires, recuerdo que empujé materialmente su barco camino del Plata. ¡Por fin vamos a tener un historiador, un relator de aquello! Ahora me anuncia su regreso, pero no me anuncia sus resúmenes, sus libros sintéticos de aquello!...

¡Qué vamos hacer! ¡Qué vamos a hacer? Pues esa desgraciada y servil tarea: traducir manuales de extranjeros sobre el "lazo hispanoamericano". Caer una vez más en el lazo par evitarnos más líos.

El libro de Reichwein es claro y objetivo, como las fotografías que adjunta, como las estadísticas que añade.

Además de eso, es un libro lleno de entusiasmo.

Méjico es el milagroso país del Continente Americano, que vió alzar un grito de consecuencias incalculables: Tierra y libertad. Que logró alzarse frente a Wallstreet y Roma. Ansiosos pulpos de su petróleo y de sus conciencias.

El hacer válido ese grito, constituye toda la historia mejicana actual.

La lucha mejicana—"avanzada de Norteamérica"—por la independencia de su economía, constituye un análisis perfecto en el libro de Reichwein.

También examina, clarividentemente, lo que Méjico tiene que defenderse contra otros dos enemigos más sutiles que Wallstreet y Roma: el panhispanismo y el panlatinismo. España y Francia.

Sin duda el Sr. Reichwein es demasiado sumario para juzgar la obra de España en Méjico. Pero tanto se ha decantado esta obra por nuestros voceros profesionales, que no llega a molestar que se menosprecie un poco por un desapasionado.

El Despertar de Méjico—con sus visiones matemáticas de la vida obrera, de la vida económica, de la vida histórica, de todo el área humana y terráquea que es Méjico—constituye un ejemplar ejemplo sobre lo que se debe hacer en España y en América—para enterarnos a españoles y americanos de lo que somos americanos y españoles.

También recibo de Méjico, en estos días, ese boletín robinsónico titulado Monterrey, de Alfonso Reyes.

También tengo delante su magnífica edición de El testimonio de Juan Peña. Y tengo delante el Destierro, de Jaime Torres Bodet. Y tengo delante los 20 dibujos mexicanos de Maroto. Y el último número de Contemporáneos—donde se



Atletas y máquinas.

Presencí este otoño unas fiestas vascas donde había unos números de fuerza. Como hay siempre en todas las fiestas vascas. Fuerza de músculos torácicos o fuerza de músculos abdominales.

Presencí el desafío de dos aizkolares: el Navarro y el Aguiñeta.

Presencí el levantamiento de una piedra cuadrada de 160 kilos por el atleta Aguerre.

Y otro levantamiento de una piedra redonda y lisa de 130, por el atleta Moco-roa.

¡Qué fiesta encantadora de museo natural del hombre!

Como en todo museo natural—reviví la evolución de las especies. Como se trataba de mi especie, de la humana—la reviví patéticamente, con el corazón trémulo y pensativo.

Veía a esos prodigios forzados de Vasconia—como se contemplan hoy los "Uros" salvajes en contadas colecciones zoológicas. Como representantes de otras épocas que ya no volverán a la historia del mundo.

advierte la huella de Alfonso Reyes, de Maroto. Y de la Revista de Occidente, de Madrid.

Me he leído el Correo Literario de Alfonso Reyes. Dedicado de ocho, tres planillas al "Cementerio Marino" en español.

A Paul Valery. El resto de las planas, a Góngora, y a libros mejicanos. Con una miscelánea final sobre Proust.

Parece Alfonso Reyes haber dado la pauta espiritual—cuando comenzó a escribir—sobre cómo debía escribir la literatura nueva mejicana. Ni el París de las preciosas, tiene mayor primor que las preocupaciones literarias de Alfonso Reyes, de Torres Bodet, de Ortiz de Montellano, de todos los queridos y admirados "nuevos mejicanos".

No creo que se escriba en España con más exquisitez, con más ansia de para la minoría siempre.

Es curioso presenciar cómo un país fundamentalmente popular, arcaico, evangélico y bárbaro, pueda producir esta espuma, estos encajes de virrey, tan lejanos, tan lejanos de la tierra matriz, como los de nuestros amigos. Tan antipopulares, tan antievangélicos.

Ese fenómeno del arte mejicano—polarizado en dos extremos igualmente desnaturalizados: el popularismo plástico y la quintaesencia poética, revela con fuerza mágica lo que viene ocurriendo con el destino de nuestra cultura hispanoamericana, con lo que también sucede en España: una pérdida absoluta de genuinidad y de equilibrio, de catolicidad humana.

Contemplando estos fenómenos se explica uno por qué Hispanoamérica es todavía un tema monográfico para alemanes.

Yo no digo que ya no volverá el atletismo al mundo, ni que desaparezca. El atletismo, como deporte y curiosidad existirá perdurablemente quizá. Pues los hombres, cuanto más civilizados más conservadores.

Lo que yo digo que no volverá es el atletismo como función social casi divinizada.

Tal como existió en Egipto entre los constructores de pirámides. O en Grecia, en los mitos ciclopeos y titánicos. O en la civilización romana, como pavimentadores de calzadas. O en la cultura medieval, como rendidores de murallas.

El atleta fué el presentidor de la máquina, el sustituto de lo que todavía no se había inventado.

Ver a Moco-roa levantar a lo Sísifo aquella piedra, para colocarla en el hombro, dejarla caer, y volverla a levantar ¡qué angustia! ¡Qué angustia pensar que nuestra especie humana debió realizar ese esfuerzo, no en broma, como el atleta vasco, sino de verdad, inexorablemente!

Ved hoy nuestros atletas divinizados: las máquinas.

Ved hoy nuestros héroes sublimes: las máquinas.

Pindaro cantó los Moco-roas y Aguiñetas de Grecia. Hoy Pindaro canta la máquina.

Todo el vanguardismo, toda la poesía maquinística de hoy, es poesía atlética, pindárica, de los juegos olímpicos de la vida social. ¡Grúas, dinamos, turbinas, ractores: Aguiñeta, Navarro, Aguerre, Moco-roa!

Rincón vasco, museo del mundo. Raza y tipos de museo. Donde aun lo pagano y lo antiguo tiene culto y flor. Y por eso que tiene culto la prehistoria del hombre, también su historia actual cobra sentido. Las más orgullosas máquinas de España, también son vascas. ¡Atletas y máquinas de España: Vasconia!

LEA USTED LOS PRIMEROS DE MES
«EL ROBINSÓN LITERARIO DE ESPAÑA».

VIAJES DEL ROBINSON

Macedonia: tránsito sobre lo forajido

Penetraciones lanceoladas de luz mediterránea. Fjords cálidos de mar antiguo. Un arquero, en el Sur, dispara soles claros, vides, tabaco, gusanos de seda, viento salobre. Dispara cultura antinórdica: límites a la Planina.

Camino de Guevgueli. De Salónica. Macedonia. Como vela henchida hacia mar que presiente voy impulsado hacia Macedonia.

Macedonia, cosa en sí. ¿Territorio neutro? ¿Frontera o nación? Macedonia me hace asomar los ojos al paisaje con más fiebre que podrá hacerlo luego Atenas.

No sé exactamente lo que es Macedonia. Creo que no lo sabe nadie. Ni los macedonios mismos.

Pero todos tenemos una conclusión inviolable sobre Macedonia: su derecho a la personalidad.

Los publicistas franceses demócratas que recorren estas tierras heroicas para suministrar tranquilidades al burgués parlamentario de París, afirman beneplá-



Macedonios.

citamente que la "cuestión macedónica" está ya zanjada; porque algunos médicos serbios pensionados en Grignon y Montpellier, tratan el paludismo campesino.

Pero cada cien metros de vía férrea veo soldados con fusil custodiando la vía y las paludes. Y a los compañeros de viaje se les oye hablar fríamente de asesinatos. El asesinato de Protopheroff, de Vasili Pundeff. De los atentados de Piro, de Kociani, de Strumitza.

Un desasosiego, viajar entre centinelas de vista y relatos de dinamita. Pero renunciar al desasosiego en Macedonia es prescindir del más agudo placer macedónico. Los buscadores del oro, que es el placer de la aventura, aún hallarán en Macedonia filones riquísimos. (Algunos anglosajones lo saben.) Una americana, apresada un día por los *comitadjis*, vivió con ellos algunos meses, entusiasmada. Teniendo luego para contar en Norteamérica para todo el año. ¡Ah, qué bandidos generosos!

El bandido generoso es el *comitadji*. Como en España fué *comitadji* el bandido generoso.

Todo bandido generoso es la degeneración de un héroe social. Cuando una nación empieza a disgregarse—o a renunciar a agregarse—surge el bandido, el faccioso, el particularista: el *comitadji*. Aplicando el coraje de su vibrátil, abnegada vida, al tema menor de las reparaciones locales de su país.

El Cid fué un *comitadji*. Un *fuoruscito*. Un *fora exido*: forajido. Su banda "nacionalista" y foraxida" tuvo éxito, y ello le impidió caer en la *razzia* pura, la cabalgada forzosa, en el asalto violento del camino para poder vivir.

Comitadjis—forajidos—fueron todos los héroes carlistas, tan olvidados como mal comprendidos hoy por la mediocridad culta y pacifista de España. (Todos los protagonistas de Pío Baroja son *comitadjis*. Como lo es el alma vera de Unamuno: alma de desterrado, de *fora exido*: forajida.)

Comitadji fué Stenka Razin, el ruso bandido generoso. Faccioso. Con ley férrea de vida y muerte. Y un fin nacional entre ceja y ceja. (Hace pocos años, un *comitadji* se vió en el trance de arrastrar consigo a su amante a la dura vida del campo y del *vivac*. Pero—como en la leyenda eslava de Stenka—hubo de sacrificar por propia mano a su compañera de amor, ya que los *comitadjis* no toleraban la mujer ante el peligro y la lucha.)

Mustafá Kemal—macedonio—hubiera sido un *comitadji* de no encontrar satisfacción ancha a su sentido imperial de la ida. Algo de lo que sucedió a Mussolini, alma de *comitadji*, con política triunfante de *comitadji*, amigo de los *comitadjis*.

Alejandro—otro macedonio—no hubiera sido el Grande, sino un *comitadji* más, si la coyuntura histórica que dió razón al genio heroico de Macedonia encarnado en él, divinamente.

El paisaje va mortificándose como un anacoreta. Matorrales, carrascas: andrajosos ásperos.

Roca: carne desnuda. Atizonada de sol o rebebida de helada. No es ya la caricia selvática de la Bosnia. Esto: sin molinos. Sin torrenteras escumantes. Sin montañas enverdoladas y flamíferas.

Paisaje en dos tiempos: a dos pedales. En sí y en no. Altura de cima y depresión de barranco.

Huyendo de tan tremendo extremismo, los pobres pueblos despavoridos. En la desembocadura de monte llano: montellana.

Prilep. Veles. Tetovo. Bitolj. Stip. Ochrid. Pueblos que se presentan a los ojos, mineralmente, por yuxtaposición inorgánica, por adhesiones amorfas.

Con un sentido mineralida, pedernizo.

Hay aldeas macedónicas que son como esos pueblos calcáreos de Aragón: de un solo plano, fundidos en el panorama total, como dibujos rupestres sobre pared de caverna. Sin relieve, sin volumen, sin perspectiva. Agachapados, disimulados, desconfiados del mundo circulante, en angustia prehistorica ante todos los monstruos devoradores y posibles: como el cangrejo ermita en su concha submarina.

Considerando tales pueblines, se comprende la fantasía monstruosa de los narradores macedonios que acompañaron a Alejandro por el mundo antiguo. Estos macedonios creían ver por doquiera, cerros enmedio del mar, culebrones que se comían toros, ángeles en montes, aguas infinitas y hediondas, trasgos abisales en el piélago.

¿Tienen un sentido palafítico muchos de estos pueblos? ¿Un sentido mágico y espeluncal?

Es el caso que suelen elevar sus casares sobre la punta de los pies: como con miedo. Evitando tocar el suelo, al modo de neuróticos califas cuyo contacto de pie a tierra constituye un grave sacrilegio. Pueblos en constante sublimidad: en constante estar sobre el limo.

Los casares sienten horror del limo y se elevan con voluntad de hórreo. Las ventanas, en cristalería rasgada y estricta, sólo aparecen allá, en lo alto del casar, salvadas: como en mástiles de cal, gaviotas de vidrio.

¡Ansia voladiza! Todo es voladizo en la tectónica macedonia. Todo tiene un aire trashumante, guerrillero, acechoso, antisedentario, nómada, heroico, trasvolandero.

Miro (ya apenas lo veo) un pastor de búfalos. Se apoya sobre un fusil. Paisaje taurida de medias lunas, las armas de los búfalos sobre peludas frentes.

Me acuerdo de aquel Lorenzo de Segura que desde Castilla veía a Alejandro el macedonio como "un rey pagano, Alexandre, que fué de gran esfuerzo y de corazón lozano y conquistó el mundo y bajo su mano lo puso"...

¿Sabrá algo del corazón alejandrída ese pastor apoyado en el paisaje? Algo debe de saber. Ya que el fusil quiere decir: conocimiento radical. Romance sin palabras.

Recuerdo. Esencia pura de lo macedónico: fusil.

Iniciativas Robinsónicas

Higiene y cultura de paredes secretas.

No sé si dirigir esta iniciativa a nuestro Ministerio de Cultura, a Marcelino Domingo, o bien a nuestra Escuela Nacional de Sanidad, al doctor Pittaluga.

Es una grave, seria y trascendental iniciativa que merecerá tenerse en cuenta—sin que se enteren los psicanálicos ni los superrealistas (siempre ávidos de textos y de documentación). Me refiero al problema de los retretes españoles—y de todos los retretes, en general, del mundo—donde las inscripciones murales crecen, se desarrollan y trepan, como la yedra en la ruina, como la lagartija en la solana, como los dibujos rupestres en las cavernas.

El Robinsón ha pensado muchas veces en el origen psíquico de tal necesidad escritoria de los humanos, mientras la necesidad, no escritoria, de todo humano, le esclavizaba su naturaleza.

El Robinsón no niega haber sentido ese mismo prurito escritorio en las condiciones en que ese prurito suele tener su génesis.

Ello le sirvió para concluir que tal génesis encierra un problema de ocio. De *huelga mental y manual del hombre*, en circunstancias especiales, o sean en esas en que todo el resto de la fisiología trabaja activamente.

La solución, por tanto, sería un *atril*, con un libro en blanco y un lápiz, a una altura y distancia conveniente. O bien, la variante de un libro o periódico *ilustrado*, que cultivase la mente popular mejor que esos recortes de periódicos callejeros que un clavo inmundo sostiene para otros fines no tan espirituales, del sujeto paciente.

Con la iniciativa del Robinsón ganaría mucho —a más de los editores—la cultura humana, la cultura española.

Generoso en todo, renuncia el Robinsón a la patente de tal iniciativa.

El Robinsón Literario de España

es un libro de muchas páginas

Todas legibles

Leídas

FOLLETIN DIECIOCHESCO

LAS MUJERES DE COGUL

(Continuación.)

III

EN QUE MI NAUFRAGA DUERME, SE DESPIERTA, NADA, RESBALA Y ME HACE RESBALAR

Mi naufraga reposó largamente. Hasta bien entrada la mañana. Toda la noche velé a su lado para que nada interrumpiese su dulce y pesado sueño. Montuve leña ardiente. Oxéé bestias nocturnas. Sacudí tenues parásitos. Y examiné de cerca mi ventura, tan de cerca que su aliento rozó el mío; pero no tanto que su boca tuviese la menor sospecha. Durmió, durmió dulcemente.

El sol anulaba ya sombras cuando sus ojos se entreabrieron. Ya le tenía prontas mi mano diligente frutas frescas, agua límpida y unas bayas tostadas.



Primer conciliábulo de irredentas de Cogul, promovido por la naufraga de Kent.

Me miró en silencio y risa, hasta turbarme. Después, de un salto, se puso en pie. "¡Quisiera nadar!", me dijo, echando a correr hacia la espuma. Detrás yo. "¡Altó!", advirtiéndome, sonriendo. Se escondió detrás de unas rocas. Y cuando quise apercibirme era ya ondina de ondas de oro. Atento estuve a su peligro. Pero el peligro fué el mío, cuando salió, color de luna y perla, entre encajes de agua. Alcé los ojos al cielo, mientras la reprímia: "Señora, queréis abusar de un pobre salvaje, sin pensar que la civilización de un salvaje es la menor de las civilizaciones." Su contestación fué un grito doloroso: había resbalado sobre un molusco y al caer rozóse, hasta sangrar, en la rodilla. No hubo más remedio que alzarla de su caída y transportarla en brazos a mi cabaña.

Hacia calor. Mi sangre ardía. Su cabeza, reclinada en mi hombro, me sofocaba.

Al depositar mi suave fardo sobre la hierba de mi guarida, un inexperto temblor me hizo resbalar a mí. Cuando me levanté, las sombras apuntaban ya oblicuamente. Ella pudo entonces gozar de todo aquel refrigerio preparado por su atento salvaje.

Toda la tarde la transcurrimos enlazados y hablando de la nada. Sólo a la noche, rendido de fatiga y dicha—pude rogarle que siguiera su notable e instructiva historia de las mujeres de Cogul.

IV

EN QUE SE ME RELATA LO QUE ARRIBO A COGUL UN DÍA DE PRIMAVERA

Pues, como os iba diciendo anoche—amigo mío—las mujeres y los hombres de Cogul vivieron por centenios felices, hasta que un día de primavera... Malhadado día. Lo mismo que yo arribé a vuestra isla, así arribó, naufraga, a Cogul, otra mujer, un día de primavera.

Por el pronto, no supo hablar, de impresionada que estaba. La condujeron a la plaza pública, y tras mucho investigarla se sacó en conclusión que la naufraga procedía de unas lejanas islas, llamadas Casiteridas. Y—de entre éstas—de la llamada isla de Kent.

La naufraga era alta, esbelta, severa, tenía una cejijuntez extraña, un aire taciturno y al mismo tiempo atractivo. Se la condujo en prisión para probarla. Todo el tiempo que estuvo recluida se lo pasó leyendo libros que sólo leían en Cogul los sacerdotes y los juristas de Cogul.

Los Tribunales de la península—viendo que la extranjera resultaba pacífica y con la locura mansa de dedicarse a leer—no recelaron más y la dejaron libre, suelta.

—¿Y qué pensaron las indígenas cogulenses de esta extraña amazona?

—Por el momento no pensaron nada. Se acercaban a ella con curiosidad, como a bicho raro de otros climas. Luego, se atrevieron a preguntarla cosas, rogándola que les explicase lo que decían aquellos libros.

Al poco tiempo, la naufraga de Kent era bien recibida en las casas privadas de algunas peninsulares, que gustaban de tener largos coloquios a solas con ella.

Cuál no sería el asombro de las altas dignidades de Cogul cuando un buen día, breve grupo de señoras cogulenses se presentaron a los Tribunales solicitando el permiso para inaugurar un local de señoras solas—que no sería ni convento, ni casa de prostitución, sino una especie de locutorio presidido por la naufraga de Kent.

Todo Cogul se levantó en revuelo. Se pensó en expulsar inmediatamente a la perturbadora extranjera, o en decapitarla si era preciso.

Peró las cosas estaban ya de modo que tales ejecuciones resultaban imposibles.

—¿Por qué?

—Pues, porque ese grupo de cogulenses irredentas, había minado el terreno en sus propios hogares. Habían convencido de antemano a fieros guerreros de Cogul, haciéndoles ver las ventajas de este convento libre, donde se tendría a raya a todo hombre (así llevase faldas sacerdotales) y donde se seguiría acatando la divinidad capital de Cogul: la HONRA.

No hubo más remedio que ceder. Y en un antiguo colegio de chicos cogulenses, en breves habitacioncitas, instalaron sus personas y conversaciones las reducidas huestes de la naufraga, las primeras conquistas de aquella amazona casitérida sobre los gineceos pacíficos de Cogul.

V

EN QUE LA AMAZONA DE KENT COMIENZA A DESARROLLAR SU PLAN, TACTICAMENTE

—¿Y qué hicieron aquellas cogulenses, amiga mía?

—En un principio, hicieron todo lo posible por no despertar sospechas. Tenían un plan y debían desarrollarlo tácticamente. La amazona de Kent había todo previsto en sus menores detalles, y el grupo comenzó a operar.

—¿A operar sobre qué?

—Sobre todo el sistema gineceico de la península. Pusieron un nombre a aquel Club de mujeres: lo llamaron *Lyceum*. Era un nombre casitérico, exigena. Respondía a una organización de otras tierras, a una consigna internacional.

—¿Masónica?

—Masónica, no. Pero algo muy semejante. El objetivo principal del Club era el mismo que las Logias masculinas: levantar las haldas a los sacerdotes. Cada mujer miembro del grupo—cada socia fundadora—debía atraer a nuevas prosélitas. Y, entre todas, lograr un fondo económico común. Y con este fondo, desarrollar el plan.

—¿Qué talento! ¿Y no se alarmaron los venerables sacerdotes cogulenses, ante aquel posible levantamiento de faldas?

—Ya lo creo. Aun cuando el Club de la amazona de Kent puso un gran letrero en la puerta prohibiendo hablar de política y respetando la religión y la Honra—los sacerdotes tradicionales quisieron violar suavemente esa prohibición introduciendo clubistas bien amaestradas. Pero este hábil intento, fracasó rotundamente, se estrelló ante el firme trazo del plan kentiano.

Las irredentas kentianas—habían puesto en guardia a sus propios maridos. Y éstos—por defender a sus propias mujeres en la desviación o heterodoxia de ellas—fueron capaces de trasgredir las reglas públicas y de formar también banda aparte.

Este fué el primer gran triunfo del Club. Arrastrar a los primeros hombres, separarlos de su moral virófila y patriarquida—y someterlos al servicio de fines puramente casitéricos, amazónicos.

—¿Cómo lo lograron?

—Se disfrazaron mansamente de ovejas sumisas, estas heroicas insurrectas. Con suaves balidos atraían a los orgullosos y tremebundos cachicanes. Les hacían pasar bajo la puerta. Les enseñaban el letrero. Les ofrecían unos dulces, unas quisicositas. No les cobraban nada. Les permitían mirar fijamente a las asociadas, sin que éstas se turbaran. Les ofrecían cigarrillos. Y, finalmente—cuando ya estaban tiernos—les tocaban el punto más sensible de un hombre...

—¿Qué escándalo!

—No, nada de escándalo. Les tocaban la vanidad, solicitándoles unas palabras, una orientación, una conferencia; solicitándoles esas misiones espirituales que en Cogul sólo habían estado reservadas, hasta entonces, a la casta sacerdotal.

—¡Ah, vamos!

—Pronto, estos orgullosos hombres de Cogul comenzaron a tomar gusto en su falso y engañoso papel de "directores espirituales". Pronto empezaron a mirar con desdén y petulancia a los pobres y desuetos sacerdotes, y a los viejos directores de conciencias. Hasta el punto de que algunos de tales varones, no tuvo inconveniente en dejarse crecer la falda, para dar mayor veracidad al cometido.

—¿Ah, vamos!

—Entretanto—las diabólicas irredentas—reían y triunfaban. Organizaban exposiciones, bailes, actos de irradiación exterior. Renovadas propagandas, ya a plena luz.

El número de clubistas aumentaba de día en día. Hubo que habilitar nuevos locales; que trasladarse a un antiguo Casino de hombres. De provincias llegaban solicitudes para posibles expansiones. El plan de la amazona casitérida se desarrollaba en toda su intensidad y grandeza.

Las fuerzas políticas del país acataban y adulaban la nueva institución. Y hasta el rey de Cogul llegó a inquietarse muchísimo de este misterioso y poderoso conciliábulo, en mal hora tolerado bajo su égida.

—Me gustaría mucho—amiga mía—que me describiérais el pergeño y tipo de algunas de tales heroínas. Me placiera infinito si pudiérais hacerme imaginar algunas de las figuras representativas de las irredentas de Cogul.

—Con sumo complacimento, querido Robinsón, he de hacerlo... Pero... ¿véis mis ojeras? ¿Véis mi boca que pugna por el bostezo? ¿Véis mis ojos adensarse de fatiga feliz?

—¿Entonces, mañana por la noche?

—Sí. En la noche de mañana yo os pintaré retratos de las fundadoras. Os describiré sumariamente, como eran Zenobia, y Pilar, y María Luisa, y Amalia, y Mercedes, y Matilde, e Isabel, y Carmen, y la condesa, y Concha, y María, y Trudis, y Clara... Pero ahora...

—Ahora, laaremos esa boca—dije a mi venturosa ventura—quemando el la cre de mis labios sobre vuestros labios en llama.



El Padre Elorrieta en visita espiritual del Lyceum de Cogul.

(Continuará.)

Conferencias del Robinsón

El Robinsón entre sus amigos los salvajes ibéricos (1)

(CONCLUSIÓN)

Los hijos enfermizos: Solana

Solana está bien siempre entre los ibéricos.

Quiero —trasladar aquí— algo de lo que yo siempre he pensado sobre Solana:

Cuando el vanguardismo europeo, cansado —y superado— de su exaltación yanqui y judía —del cosmopolitismo, del maquinismo, de los sentimientos cósmicos y universales, del cóctel y del eslipincar, del teléfono y del avión, se fué refugiando en las verdades eternas y particulares —cuanto más particulares, más eternas.

Cuando en Francia, en Italia, en Rusia, surgían las corrientes de "concen-



Ponce de León.

tración", de "strapaese", de "nacionalismo puro", entonces fuí viendo quién era Solana, lo que significaba Solana, su gran postura solitaria y excelente.

Solana —como Unamuno por otra parte— eran la tradición de España intrahistórica, subconsciente, surrealista, salvaje, a caño libre, anticadémiica y bárbara: la verdadera, la eterna.

Solana era como Unamuno —lo que España tendrá siempre de sincero, de pasional, de ético, de comprensión de la muerte, de valor heroico frente a la vida: de violencia trascendental: de tragedia. Solana era nuestro sentido trágico de la casta, era el gran cistizo.

Solana es el hombre que sin literatura, sin corro detrás, a solas con el Dios de España, se ha ido por los pueblos de España, por sus prostíbulos, por sus cárceles, por sus plazas de toros, por todo ese archivo de la masa, más masa y más genial de nuestra tierra.

(1) Conferencia pronunciada el 1 de octubre en San Sebastián ante la Exposición de Artistas ibéricos, organizada por el Ateneo guipuzcoano.

En Solana —como en Unamuno— revive el genial sentido católico de España, un catolicismo crudo, bárbaro, espléndido, de no temer el dolor ni la carne ni el dios sangriento y desolado y violento de nuestras estepas.

No es su pintura una pintura europea, cosmopolita. Como no es la filosofía de Unamuno. En París no han hecho caso ni a Unamuno ni a Solana. Es decir —varía bastante—, son Unamuno y Solana los que no han hecho caso a París. Los dos tenían querencias eternas y no de saltimbanquis. Los dos estaban pegados y ahincados en la misma tradición, en la misma tierra, en el mismo subsuelo, en la misma intrahistoria.

Veían los dos la vida a través de la muerte y de la locura.

Veían todo lo que la carne tiene de abismo y de tragedia. Y que había que aceptar la materia con todas sus consecuencias para segregar espíritu e inmortalidad.

Almada y Tauler

A Tauler no le conozco. Es uno de esos ibéricos a que aludía. No por sangre, sino por espíritu. Más ibérico que un Gisbert, por ejemplo.

Almada, sí, ése me es muy conocido. Desembarcó en LA GACETA LITERARIA, recién llegado de Portugal, hace cinco años.

Almada —con su alcohol colonial y manuelino, y Tauler con su apellido germánico— aportan la borrachera —mórbida en la familia picassaña.

Almada hereda los rasgos de su padre, los envicia, los rechupa, los estira, los enloquece de lirismo. Con su aire egipcio —de gitano auténtico—, Almada es el ibérico puro, que viene de África, a Portugal y desembarca en España —, ebrio de color y de arabesco, de tinta plana y de jeroglífico.



Angeles Santos.

Olasagasti

Olasagasti es muy jovencito y ya le tira lo verde. Le conocí en un sitio fantástico. En un puente de barco que una chocolatería madrileña tiene pegado al techo —mientras Sáinz de la Maza tocaba la pintura y Marinetti y Benedetta comían almendras bebiendo jerez.

Es un mórbido sutil y tenue, que habrá que darle reconstituyentes, pues está en una edad peligrosa; muy peligrosa.

Mateos

Mateos se me presentó un día en las planas de LA GACETA presentado por Gasch desde Barcelona. Una tarde se me representó en mi misma casa. Me dijo que Gasch y él iban a hacer una revista de arte.

La cosa me pareció un poco sorprendente (una revista de arte en España).

Mateos —según me confesó— era un luchador capaz de habérselas con todo en la vida. Me enseñó su pintura. De ella estos tres cuadros aquí expuestos. Me pareció muy brava, muy taurina y un poco delirante, mezclando chulería andaluza a brutalidad germánica. Con un gran sentido de sátira. Le acogí —mientras fundaba la revista— en la pobre GACETA LITERARIA. Un buen día me abandonó por *La Conquista del Estado*, periódico de Ledesma Ramos, donde parecía haber algún dinero.

Después abandonó a Ledesma y se marchó a *La Tierra*. Y después ¡quién sabe adónde! Pero antes le había yo probado —a él y su cuñada— en el cine educativo, por ver si salía un dibujante de dibujos animados. Pero en vez de eso, me salió por los cerros de Ubeda, con espíritu vidrioso de artista y no de luchador.

Ahora no sé qué será de él. Tiene talento agrio, agrio, mordaz y violento. Hasta llegar al lirismo. Le deseo buena ventura, sinceramente.

Angeles Santos

Sobre Angeles Santos yo quisiera hablar mucho. Me da vergüenza porque está ella delante. Pero, sobre todo, temo decir todo lo que tenía que decir sobre ella por no conceitar la envidia de los dioses sobre su cabeza.

Un día escribiré largamente sobre esta

muchachita cuya santidad angelical nos va trayendo de cabeza a más de un español, a más de un ibérico.

Por ahora sólo me limitaré a afirmar lo siguiente: El ángel negro y el ángel blanco. (¿María Mallo, Angeles Santos?) ¿Cuál el blanco, cuál el negro? Maruja Mallo, personalmente, es el ángel negro. Pictóricamente tiene angelidades blancas. Es una bruja con alma de gorrión. Angeles Santos —por contra— es personalmente un querube con alas y halos. Pero su pintura es endemoniada.

Y por eso que es endemoniada se acerca mucho, mucho, a la santidad.

La anunciación que Angeles Santos ha traído sobre España, con sus ángeles santos, con sus santos endemoniados, es quizá la más radical y portentosa que España ha tenido ¡desde la Edad Media!

¿Sabéis que fundamentalmente, es decir, temáticamente, la pintura de Angeles Santos me parece de más trascendencia que la de Goya y Velázquez?

En Angeles Santos va encontrando expresión esa nueva moral divina y balbuceante que yo he llamado "nueva moral de lo abominable". Es decir: un espíritu nuevo de religiosidad de cristianidad infinita, de un comunismo evangélico desbordante de piedad, de consolación de morir.

Angeles Santos vuelve al anonimato de los primitivos cristianos, hasta con su nombre que parece un asunto medieval.

Buceando por las alcantarillas humanas más abominables del sexo, de la infantería, de la muerte y de la descomposición, llega a tocar el cielo, el cristal, la gloria: Dios.

Lleva Angeles Santos la medula del catolicismo español de la Castilla provinciana, calles de Valladolid, iglesias de Salamanca, colegios de monjas y soledades indecibles.

En Angeles Santos se anuncia una España que hoy parece imposible, en esta España sin santos y sin ángeles, donde todos estamos pasando más que el infierno, el mediocre purgatorio.

Pero hoy basta, Angeles Santos, sobre usted. Mañana seguiremos. Porque el mañana, es nuestro.

Los escultores

Los escultores parecen no tener nunca importancia en las Exposiciones. Parecen siempre tener la importancia de adornos y rellenos para distanciar y que la gente no meta las narices en los cuadros.

La escultura ha seguido como ha podido —a la pata coja— la evolución plástica nueva. ¡Un arte tan humano no podía ir bien en una época tan poco humana!

Tuvo que ponerse a planear un sistema para poder pasar. Tuvo que deshacerse, escurrirse y descomponerse.

De ahí que no se la haya tomado demasiado en serio.

El escultor —en las épocas humanistas — Grecia, Renacimiento — tuvo que contar con el Hombre como canon. En las épocas de Masas — Edad Media — tuvo que hacerse religiosa y sumisa. Pero en estos momentos en que la masa se deshumaniza —o en que el hombre se hace masa— la escultura no sabe qué hacer.

Lo mejor es como Acín, bailar en el alambre. Ni Ferrant, ni Planas, ni Díaz Bueno, ni Pérez Mateos, ni Aladren —resuelven a fin de planos— nada. Ferrant *deforma bien* la forma. Díaz Bueno —planea bien unas sienes. Planas escurre el bulto con gracia torera... Pero no es bastante. Lo siento, mucho.

Y, ahora —retirémonos, con nuestro santo y seña.

Guillermo de Torre —en su recién impresa conferencia montevideana sobre

"Itinerario de la nueva pintura española" resume muy bien, en codicilo, los ataques contra la realidad que ha valido a la pintura nueva para ser nueva y para independizarse en la historia de la pintura.

Cita a Platón, Plotino, Leonardo y los primitivos florentinos y sieneses como los predecesores ideológicos de la nueva aurora. Que les enlaza a Pascal. Y todos en falange entran por las ideas de Cocteau, Apollinaire, Picasso, Ortega, D'Ors, Ramón, Salmon y demás teorizantes.

Todos ellos coinciden en estos postulados fundamentales y homólogos: "la pintura es cosa mental": "El sujeto de la pintura es la realidad interior." "Hay que huir de la realidad exterior." "La realidad de lo real", que dijo Sánchez Guerra cuando advirtió al rey su *¡cuidado con la pintura!*

Los pintores en España—con el Picasso prócer y patriarcal a la cabeza, han sido los guerreros auténticos de esa lucha. Mucho más que los poetas. Y no hay que decir que los políticos.

Examinad cómo viven nuestros "nuevos" políticos: qué cuadros tienen.

¡Figuráos las pinturas de las casas de un Indalecio Prieto, de un Giral, de un Niceto Alcalá Zamora!

Aun en los más avanzados espiritual-

mente—un Marañón, un Ortega—los veáis enlazados aun inseparablemente; a los Zuloagas, a los Regoyos, al postimpresionismo.

Son *realistas* aún. Dime qué cuadros tienes en tu casa y te diré si eres republicano de veras.

Los amigos ibéricos—tal vez no sepan qué es eso de ser republicano—pero desde luego fueron los que dieran genialmente su sangre heroica contra lo real de la vida española, contra el aburguesamiento panzudo y mediocre y mezquino de nuestra realidad española. Como *vanguardistas* cayeron en las avanzadas—y el grueso de las tropas pasó por su cadáver, cogiendo el botín y olvidándolos. Pero sin contar con el monumento al *vanguardista desconocido* que iba a hacer yo esta tarde, para venganza eterna.

Ellos han sido—vosotros, nosotros, amigos ibéricos—los héroes de la independencia nacional que aun no ha sonado, y que tal vez se acerca. ¡En pie las bayonetas sacrificadas! ¡Arriba los cadáveres! ¡Arriba! ¡Abajo las últimas realidades! ¡Que son las últimas! ¡Mueran!

Ya os decía el Robinsón—que aquí habíamos venido—en esta hora salvaje y brava de anochecer, a algo sacro y peligroso: *¡a conspirar!*

LOS ESTUDIANTES

En torno al Congreso de la F. U. E.

Inútil tarjetón.

Recibí un lunes cierto tarjetón invitándome a asistir, el domingo recién transcurrido, al Congreso de Estudiantes de la F. U. E. Me designaban un puesto en el estrado. Inútil tarjetón.

¿Quién se acordaría del pobre Robinsón?—pensó uno.

¿Qué desventurado estudiante se habrá acordado de mí? ¿Pensaría ese estudiante, al invitarme, que mi pluma podía ser útil a la Asociación? ¿Recordaría ese estudiante lo que uno pudo significar en el origen y desarrollo de esa Asociación? Sentí tanto no asistir a ese acto inaugural en el paraninfo universitario. Escuchar a Unamuno, a Sbert y a todos los que hablaron. Pero les he ido siguiendo por *El Sol*, periódico que continúa lleno de nobles preocupaciones por nuestros estudiantes.

Sbert.

Ante todo, he ido siguiendo la táctica de Sbert. Verdadera táctica de chino. Sigilosa, de seda, tenaz y cauta.

Yo me equivoqué cuando juzgué a Sbert al salir de su cárcel y ser recibido por Madrid. Le creí un arrebatador, un héroe pasional, un enciendellamas. (¡Hacia tanto frío en Madrid!). Pero Sbert no era un condotiero, ni un cabecilla, ni un gran capitán. Era un ebamista chino. Un relojero suizo. Un coleccionista de cajas de cerillas.

O dicho de otra manera: un enamorado de la democracia parlamentaria. Su mentalidad de ingeniero-abogado todo lo reducía a fórmulas, dictámenes, articulaciones y ponencias.

Quería educar por este medio la "conciencia ciudadana y civil" de las nuevas generaciones españolas. (Este chasco de tomar a Sbert por lo que no era me lo estoy llevando también con Maciá. Errores de mi amor por Cataluña. Como todo verdadero amor, exagera sus figuras).

Tal vez había en el fondo de Sbert un ansia grande, noble y épica. Tal vez, este constructor de panales, soñaba con una

edificación total de Iberia. Con una bandera peninsular y tricolor de catalanes, lusos y castellanos. Una llama permanente, y, encendida como en un templo. Por lo menos, así la soñamos un día juntos.

Pero la tragedia de Sbert estuvo en lo que ha constituido la tragedia de nuestros mejores hombres: en hacerse diputados de la República. En asumir el Poder para no poder hacer ya nada. Le faltó también a Sbert otra cosa: sopló poético. Ser menos enamorado de la democracia, y un poco más entusiasta del pueblo, y de España.

Es el caso que hoy Sbert sigue manejando la máquina. Pero la máquina lleva cada vez menos vagones. Menos viajeros. Hay quien dice que ese convoy, al llegar a la estación de destino—al final de este Congreso—sólo contaba como embarcados, al maquinista, al fogonero, al revisor, al mozo de furgón... Y a un farolito rojo en la cola, con las letras oficiales de la Compañía del Estado: F. U. E.

Hay viajero escapado que asegura que la F. U. E., fué.

La F. U. E. todavía "es".

Yo no creo que la F. U. E. se ya tan agua pasada. Creo que todavía tiene un presente. Se la ve parlamentar aún: Piensa, luego existe.

Lo que ya no se puede precisar es el futuro que saldrá de este presente. ¿Tiene bastante carbón el tender? ¿Bastante presión la máquina? Porque el camino es largo, y la velocidad deberá ser vertiginosa. Que el retraso ya es muy grande.

La F. U. E. todavía es. Pero ¿qué es la F. U. E.? La F. U. E. es un organismo más, una burocracia más, que le ha salido al Estado, que *soporta* España, sobre sus pobres costillas. No es que tal peso burocrático sea grande. Pero tiene tantos la pobre España, que un simple botón le basta para una muestra más de sus sufrimientos.

El enorme error de esta situación republicana actual con la que ha pactado la F. U. E., es el de haber considerado

En el Robinsón Num. 5

Comenzará el grave relato de aventuras nacionales

TITULADO:

"LOS QUE RECONQUISTAMOS GIBBALTAR"

(Notas sentimentales de un expedicionario)

la juventud—estudiantes y obreros—como un mecanismo más al servicio del parlamentarismo. El haber considerado a nuestra mejor juventud española como conejos cagatintas, como "ciudadanos conscientes, civiles y funcionarios".

Los directivos de ese mecanismo fueista, estarán, quizá, encantados. Pero la masa estudiantil que debía seguirles, está que muere. Lo menos que les llama es enchufistas.

Y ello se comprende: mientras la F. U. E. era una fuerza juvenil, de choque, de pelea, de sangre ardiente, y de desinterés público y nacional, las masas adolescentes del país la ofrendaron su adhesión y sus ganas de pegarse. Pero desde el momento que todo ese torrente se ha querido poner al servicio de que Alcalá Zamora coja flores en La Huerta, o que Pérez Madrigal diga chistes entre terciopelos rojos, las masas puras de la juventud se han llamado al engaño y a la estafa.

De ahí que si la F. U. E. es—todavía—y aparece en la vida del país, se debe a que *reacciona*, como *reaccionan* los socialistas. Se debe a que sus masas al escaparse al nacionalismo o al comunismo, a banderas nuevamente violentas, ardorosas, prometedoras, juveniles, les hacen *reaccionar*, levantar los brazos y prometerles dulces y bombones si son buenas.

La F. U. E. aparece todavía. Cuando se ve obligada entre chasquidos de bofetadas—a quejarse al rector, y al ministro; como quien dice: a sus papás.

Más futuro y menos haches a un pretérito.

La serie de ponencias redactadas en el Congreso de la F. U. E. me parecen admirables. Pero ¿bastan para renovar nuestra educación nacional esas admirables ponencias?

Yo creo que no. Yo creo que no hacía falta ponencia alguna. Como no hace falta Constitución alguna para recrear a España de verdad.

Esto no es jurídico ni ingenieril, esto que afirmo. Pero es verdad. Poéticamente verdad. Socialmente verdad.

En Rusia—fueron los *narodnikis*, los estudiantes místicos, quienes lograron operar la primera revolución profunda en las masas eslavas del pueblo. ¿Cómo? Desde luego, sin ponencias ni dictámenes. Desde luego, sin burocracia oficial cerca de los mencheviques.

Fué obra casi individual, obra mística. Los estudiantes heroicos aquellos, abandonaban su casta social y se mezclaban evangélicamente al pueblo.

Llevaban estos estudiantes una palabra santa que decir: *¡Rusia!*

¿Tienen nuestro fueistas una *¡España!* qué promulgar? Sbert es el primero que no se atreve a pronunciar esta palabra de todo corazón, sin reserva alguna.

Y aunque las masas ibéricas somos muy incíviles, muy bárbaras y muy poco ciudadanas—esta falta de emoción con

que se nos habla desde las alturas, la sentimos en las entrañas. Sentimos ese viento glacial que nos llega desde las alturas. Y nos tumbamos a dormir arrojados en la manta clásica.

¡Revolución juvenil española! Pero ¿de veras ha habido en España una revolución juvenil?

¿Dónde están los cuatro costados de España, ardiendo? Porque el haber ardiendo cuatro conventos de frailes no pasa de una medida de higiene local.

Yo desearía de todo corazón—en mi corazón hay rescoldo todavía—que la F. U. E. se pusiese un nombre más de futuro y menos de pretérito.

Pretérito que no vale disimular aun poniendo una H a su nombre: U. F. E. H. Pues llamar hache a una cosa en España, ya sabemos lo que significa.

Cartita a Maciá

Tras mi largo aliento robinsónico—exaltando la promesa social e ibérica de su sindicalismo (¿lee usted mis cartas, admirado amigo?—estoy esperando la respuesta.

Ya toda Castilla, toda España—estábamos dispuesta al sacrificio. Nuestros cuellos estaban tendidos al liberador dels pobles ibéricos.

Pero van tardando demasiado en segarnos los privilegios opresores. Van tardando ustedes demasiado en conquistarnos. Eso del Estatuto va tomando un feo carácter abogacil. Eso del asunto Bloch va tomando un aspecto horriblemente mementívolo.

Yo no tengo prisas. Pero las víctimas presuntas se impacientan.

Esta cartita es un toque de alarma para ustedes, nuestros castigadores.

Como también ustedes le fallen a uno—admirado avi—, ¿en quién va uno a creer ya en Cataluña? ¿No llegará el caso de preguntarnos de una vez en Madrid, ¿si Cataluña no será un simple cuento de brujas con qué asustar a nuestros niños?

El 1.º de diciembre aparecerá en BARCELONA

AGORA

CARTILERA QUINCENAL DEL NUEVO TIEMPO. CONSTARA DE OCHO GRANDES PAGINAS

Para España, Portugal y América:

Precios de suscripción:

A 12 números..... 2,60

A 24 ídem..... 5,-

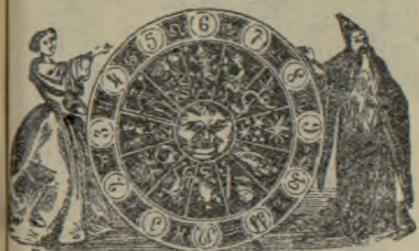
Para los demás países:

A 12 números..... 3,80

A 24 ídem..... 7,50

Número suelto, 0,25 pesetas. De venta en quioscos. Toda la correspondencia al apartado 694, Barcelona.

Fortuna del Robinsón



Alguien cree que esta pequeña Sección del Robinsón es una pequeña feria de vanidades. No, no. Nada de vanidades. "La Fortuna del Robinsón"—es ante todo, un apeadero, que me reposa en la plana 15, unos minutos, antes de pasar a cubrir el objeto de la 16. Me reposa con el trabajo de los demás, que es como únicamente se reposa uno de su trabajo.

Pero sobre todo es esta feria—no una de vanidad ni de discreción—sino una auténtica feria, con sus platillos, bombos, carruseles, tirolblancos, fenómenos y tómbolas. Una tómbola: auténtica rueda de la fortuna del Robinsón.

Es como si a esos farmacéuticos que anuncian sus píldoras para el estómago, sus elixires para el cabello, o sus depurativos para el intestino, les llamasen vanidosos por publicar en sus anuncios y prospectos la opinión del sacerdote tal, del soldado cual, de la doncella talcual que les ha ido bien con el tratamiento.

La "Fortuna del Robinsón" es la feria del futuro erudito que se interesa por el Robinsón Literario dentro de unos años, cuando todos estemos muertos, menos una polvorienta colección de mis páginas en cualquier biblioteca más o menos nacional, provincial o privada. Me gustaría ofrecer a ese posible erudito testimonios íntegros y exactos de la fortuna corrida por el Robinsón ante sus contemporáneos. Mía no es la culpa si no están todos los que son. Voy reproduciendo aquellas cartas o artículos que sus amables autores me envían o me anuncian; dándoles así los mejores ocuses de recibo, y el mejor signo de gratitud. Sé que hay otros testimonios, sobre todo fuera de España, que se ocuparon del Robinsón. Pero no es cosa de insistir en su caza y captura. Eso sí que ya sería vanidad y no tómbola.

Como se cultiva un huertecillo, así yo cultivo mi querido Robinsón.

Hay gente que—al pasar por la carreteira—me dice palabras y saludos amables. Yo les escribo sobre mi tapia, para convencerme que no está uno solo del todo. Nadie, pues, tenga por pecado el que un Robinsón se enfrente con sus propios anuncios, con su propio morir habemos. Porque ya lo sabemos.

Rafael Alberti (París).

Me parece muy bien tu Robinsonismo. Te digo. Adiós. Abrazos.

Guillermo de Torre (Buenos Aires).

No te escribí a raíz de recibir el primer número de tu "Robinsón literario" porque quería hacerlo largamente. Pero ahora sólo te diré que me pareció magnífico. Lo devoré de un tirón, arrastrado, sacudido por tanta vida y tanta sinceridad. Vuelvo a verte tan íntegro, tan descarado, tan insobornable como el primer día. Sin contar lo que tienen de "tour de force" de alarde de potencia literaria—pero "sans en avoir l'air"—esos números del "Robinsón" quedarán como el mejor documento, el único de estos momentos literarios supeditados a lo político.

Pero repito que ya te escribiré más largamente de todo esto.

Lucien Paul Thomas (Bruselas).

Estoy leyendo "El Robinsón Literario de España". Después de haber recibido a tanta multitud de pasajeros en su barca, ¿es usted desesperadamente solo, querido amigo? ¿O es mera fantasía? Con un concepto político tan personal... y tanta causticidad ¿no va usted a acumular las enemistades?

Luis Araquistain (Madrid).

"Muchas gracias por su felicitación y

también por sus Robinsones que he leído con gusto, como todo lo suyo—pero no por ese espíritu de malignidad que usted, no inmalamente, me atribuye, con ocasión de aquello de *El Divo*. Este artículo había sido escrito y publicado en América meses antes del discurso de Ortega en las Cortes. Conste."

(Así lo hago constar públicamente, querido Araquistain.)

Antoniorrobles (Madrid).

"He recibido hoy LA GACETA LITERARIA del 1.º de noviembre y es de esas cosas que hay que revisar bien, por si debajo de una línea cualquiera encontramos aún algo insospechado.

¡Que!... va usted a ser Robinsón! Usted lo que es es un pulpo; un pulpo con una estilográfica en cada tentáculo; o mejor que con una estilográfica con un tema inesperado y una pistola en cada tentáculo! ¡Qué tío!

(Querido Antoniorrobles: si de veras me consideras tío, te ruego que me presentes a todos los niños de tus cuentos, para adoptarlos como sobrinos y educarlos finamente salvajes, distinguidamente bárbaros. Me lo agradecerían mucho.)

Agora (Barcelona).

"Agora" es una joven revista que debe aparecer el 1.º de diciembre, contemporáneamente a este Robinsón. ¡Qué larga carta me envía su director, Adolfo Ballano Bueno! ¡Qué bueno este director, Ballano Bueno! Me parece lo mejor ondear algunos de sus más plásticos párrafos, banderas de mis señales, que contesto alegre, con el "morse" de mis ansias de liberación, con mi horror de soledad y huyendo de mi noche celular:

"Esta es la segunda vez que te llamo amigo por correo. Pero esta vez con menos distancias. La primera fué desde Mallorca, la "isla de la calma", según el recién muerto catador de claros de luna; la Isla de Proteo, como la tildo yo en un libro—inédito—de circunvalación a pie alrededor de la misma (1927). La segunda desde esta Barcelona que pone fervores y alborotos en el sentir del Robinsón literario de España. Pero esta vez no hay carta de presentación. La carta se ha convertido en cartelera: *Agora*, que ondea—ya—a una parte y a otra de tu isla imaginaria, junto a la tumba de Larra, pero lejos de Larra.

No es mi mano desenguantada, proletaria, con calor de sinceridad, sola, la que te ofrezco, desde el cero meridiano de Cataluña. Son muchas las manos desenguantadas, laboriosas, productoras, con gesto inteligente, con calor de sinceridad, con decisión egoísta, que después de haber estrechado en intención (único apretón posible, por ahora) la tuya, te indican un lugar casi geométrico en el horizonte literario de España.

He aquí un poste de señales para tu *baudecker* de rutas múltiples.

Tírate por la ventana, Robinsón, con la seguridad—cierta—de que caerás al ágora. La Cataluña del "avi" y la de Estelrich puede llegar a entusiasmar al G. C. inspector de alcantarillas, salvando distancias. Pero un Robinsón siempre está más en su isla si después de haber lanzado desde Madrid su: "vuelvo a insistir en la ventaja higiénica y en la eficiencia política que tendría en España restaurar el ágora, la plaza abierta, el pórtico, el concejo al aire libre, el concilio bajo un árbol de libertades, la reunión en una plaza de toros"... se pone los auriculares para recoger, sintonizando distancias, las ondas finas, superheterodinas, que emiten desde el ágora unos cuantos espíritus jóvenes, con aire de chicos de todas partes, que hacen el "bu" a la burguesía de las letras.

El día 1.º de diciembre llevará anclas nuestra embarcación; ahí va nuestro primer mensaje por si te interesa anotar nuestro cordial saludo. No quisiéramos comentar por mucho tiempo esa ausencia que dejarías en nosotros si nos negases el merecimiento de tu amistad y el favor de tu colaboración.

J. M. Alfaro ("El Sol" de Madrid).

"Volvería yo con toda la carga de razones que ya lo hiciera "nuestro" (me place

recaltar con toda el alma, en un rebase de cereenias, el pronombre posesivo) gran maestro de la universalidad, Eugenio Montes, en el ruego de la llamada "nueva generación", a invitar a Ernesto Giménez Caballero a no dejar su isla en total desamparo, en espera de nuevos robinsones—¡no habrían de faltar, seguramente!—que quisieran repetir la experiencia dictada por el desánimo y el paso atrás inevitable ante el tránsito de las grandes oleadas.

Y no venga a desviar la limpieza de intenciones la invocación de los "grandes solitarios de España", que tan poco tienen que ver con "Robinsón"; tan sólo una apariencia formal: reducto, mar, distancia de lo aparentemente inmediato. Porque nada tan lejano del robinsonismo del héroe de Foe—Robinsón, tan cierto y tan ejemplar—como el místico alejarse de nuestros solitarios. Que la aldea de Guevara, ensalzada en el menosprecio cortesano, nada tiene que ver con puritanas experiencias, más propias para excursionistas coloniales en el "Flor de Mayo", a quienes preside—con todo su furor de fanático convencimiento—la idea de la alevoza muerte de la alegría entre las nieblas.

(Y ahora, querido Giménez Caballero, la carta del amigo, que nunca en mejor ocasión que ésta puede tender su cable, en un deseo de sustraerte a tormentos bajo los árboles y asalos de piratas:

"He recibido la verdadera tristeza de las despedidas", la de las manos y los pañuelos abiertos, cuando te he visto cortar la última amarra y poner ante tus ojos el catalejo para explorar la tierra que se te alejaba. Porque no eras tú; era ella—la costa—la que se fugaba ante los vaivenes de tus voces y tus ademanes.

Pero mi vista no te ha perdido todavía: tus señales se ven, ¡tan cercanas!, que todos los botes de salvamento han salido en un múltiple disparo de sirenas. Y hasta los fuegos de las baterías te han alcanzado en plena huida, obligándote a virados para contestar los tiros.

Siento miedo por ti, en tu navegación, cuando entres en alta mar y no te basten los brazos para ser visto desde la orilla.

En la distancia, mi apretón de manos.") Irreductibilidad, sí; soledad, pase; robinsonismo, nunca.

Roberto de Gandía (Valencia).

He leído "El Robinsón Literario de España", y lo he leído con delectación inequívoca: rotunda. Con la misma absorción que leí otras cosas tuyas; "Círculo Imperial", "Yo, inspector de alcantarillas", etc. Es usted interesante. Y atrevido. Pero me temo que va usted a perder el tiempo de la misma trágica manera que lo perdieron sus dos antecesores: Larra y Ganivet, que usted ya cita con manifiesta oportunidad.

Sin embargo, usted, remo en mano a llenar el agua de cesuras líricas, y a tragar, corazón adentro, el salitre repelente, pero fresco y perfumado de emoción de las inmensidades marinas. Porque es el caso, que usted, a pesar de esa estridencia colorista con que nos muestra su algarera figura, es un típico caso del lírico integral. Sí, admirado Robinsón, usted es un lírico lleno de ruidos universitarios, es decir, lleno de propósitos culturales que arroja sobre la acefalia circundante, con idénticas posibilidades de éxito que cuantos como usted, creyeron que bajo la costra ibérica hay algo positivo...

Albero Quiroz (Méjico).

Ha llegado a mis manos, oportunamente, LA GACETA LITERARIA, trayéndomelo a usted, querido Ernesto, de Robinsón. Ya desde el principio se anuncia con toda la síntesis de una tarjeta de visita: Ernesto Giménez Caballero, Robinsón Literario de España. ¡Bien haya! Sólo usted podía serlo, usted, fundador y director de una GACETA monumental e imponderablemente dinámica.

Le he ido siguiendo y pensaba desde hace mucho comunicarme con usted (hasta ahora usted se ha comunicado conmigo por sus libros y su GACETA), pero he venido a decidirme hasta esta vez que llega usted de Robinsón. Le ha usted alarmado. Alarma-

do, digo, porque me ha expresado algo que yo sospechaba y ha venido usted tan franco que mi personalidad ha recobrado toda su franqueza. Yo también soy Robinsón. Y de las letras. Porque también escribo. Soy novel, pero creo que ya he escrito alguna cosa definitiva. Mi cultura es tan incipiente como mi juventud, pero creo me corresponde ya algo que los peritos literarios pueden permitirse aceptar, aunque sea con la consideración de que esa aceptación es para un discípulo, o la aceptación de una primera piedra. ¿Pero es que los literatos de la actualidad aceptan primeras piedras? Usted conteste.

(Yo le contestaría que sí—desconocido amigo. Siempre que esas piedras las tire usted a la cabeza de los literatos. El literato de hoy, y de siempre, es como ha entendido las cosas siempre: a pedradas. Casi siempre en la cabeza. De esto ya entienden ustedes los mejicanos. Lástima no tener más sitio para transcribir íntegra su hermosa "Glosa robinsoniana".)

G. Gómez Malaret (Barcelona).

Para Robinsón—ayer trabalenguas sobre España, y hoy solitario en una isla del mar de las letras—emborrono estas cuartillas.

Una lluvia persistente y menuda se ha empeñado en convertir las calles en estampas iluminadas. Yo, completamente solo en la terraza de un café (como Robinsón en su isla) contemplo la inversión luminosa de los focos y pienso en Robinsón. Le veo amenazado por una bandada de pájaros negros, tan negros como el corazón de un jesuita. Robinsón blande en la diestra un arma atemoradora: Nueva moral de lo abominable.

Pienso; Robinsón es una consecuencia del actual momento español. Y llego a creer en lo mucho de simbólico que tendrá el Robinsón Literario cuando pasen algunos años, sólo algunos años, los suficientes para que se asiente la polvareda levantada con el cambio de nombre que España ha sufrido.

Alguien me dijo e lotro día que Robinsón tenía mucho de Sánin, el escéptico personaje de la mejor novela de Archibatchev. Hay en ello un lamentable error de apreciación: Sánin es un individualista que quiere salvar su persona de la influencia de un medio intoxicado y se encierra en una caparazón de escepticismo, realizando portentosas hazañas de egoísmo. Robinsón es un hombre fuerte que se aísla para hacer comprender al medio, para irradiar algo saludable sobre el medio, el medio ambiente literario español...

La lluvia menuda se ha cansado de alfilerar los adoquines y yo voy a dejar de pensar en Robinsón.

Pero se me ocurre hacerle una pregunta: ¿Ha fijado el Robinsón Literario la posición geográfica de su Isla de las Letras? Yo creo que de hacerlo, debe ser tomando como punto el Meridiano de Moscú. Tantos grados a la derecha o a la izquierda de Moscú. Moscú es la columna vertebral de un Mundo Nuevo que Robinsón percibe desde su isla con los catalejos de un ensueño.

Amigo Giménez Caballero: Reciba un cordial apretón de manos de fortaleza robinsoniana.

Aurelio Pego (Nueva York).

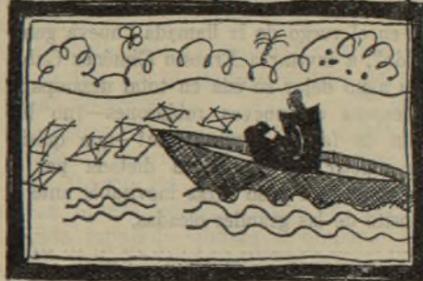
Leí el primer número del "Robinsón Literario" de un trago, y cuando terminé, empecé a contar los días hasta que llegase el segundo número. Llegado el segundo número, otro apechugón para leerlo íntegramente. ¡Magnífica y ciclópea labor! Enhorabuena por su decidida, simpática y valiente actitud.

A mí me llegan los periódicos tarde. Por eso hoy mismo acabo de leer otro admirable artículo suyo. Nada de alabanzas. La verdad y lironda. Su artículo sobre lo chulo. Admirable y penetrante ensayo de psicología nacional. Toda la labor memorable española es, en efecto, obra de chulos. Hombre, su mismo robinsonismo, ¿qué es sino un noble y esforzado gesto chulón?

Escribí un comentario a su libro *Trabalenguas sobre España*, que por cierto me gustó mucho y le revela en toda su poliédrica personalidad.



servicios de estafeta



Postescrito a Domingo Barnés.

Siento tanto—querido Domingo Barnés—haberle destrozado un poco de tiempo con mis impertinencias, haciéndole escribirme una carta tan larga, tan cariñosa, tan simpática y tan buena. Pero una vez escrita ¡que se chinchén los que esperaban turno!

No me subraye eso de: su cine, sus sefardíes. Yo no tengo nada en propiedad, pero mucho menos cosas tan nacionales o públicas como el cine y el sefardi. Es como si me subrayara usted: su fuente de la Cibele.

Indudablemente, he utilizado la ironía para llamar su atención. Cada uno toca el timbre de alarma que puede. Y la ironía—mi ¡al arma!—no es más que sonrisa ahogando gritos alarmados, un dolor terminado en espuma.

No dudo que su trabajo le tiene frito. Pero al freír es el sonreír. San Lorenzo llegó a ser santo por sonreír sobre una parrilla. Y le levantaron un monumento nacional. Yo también ando muy quemado, y sin embargo, sonrío.

A Georges Massoulard, en Limoges.

Le agradezco que quiera comprar mi Trabalenguas sobre España. Debe acudir a Librería Fe, Puerta del Sol, Madrid. O bien, que la Librería Fe lea sus señas y se lo envíe.

A un amable preguntón.

Señor Torres Bruel: Me pregunta usted mucho más de lo que yo puedo contestarle. Mi noticiero universal tiene sus límites. ¿Quién es el capaz de ofrecerle una "lista detallada de revistas y publicaciones con carácter literario que aparecen en Hispanoamérica"?

A un debatidor neoyorkino.

Le agradezco su oferta de reproducir mis artículos en El Debate, de Nueva York—señor jefe del Departamento Extranjero del Sindicato americano North American Newspaper Alliance Inc. Haga lo que guste. Lo que a mí me gustaría es eso que no llega

nunca, lo que les llega a tantos Pérez y Gómez de España—desconocidos en España y admirablemente administrados en América: colaboraciones retribuidas. Pero como esto no llega nunca a este pobre robinson, lo dejaremos en el reino de los imposibles. Haga lo que guste, amigo Escuder.

A don Fernando Bárcena, sobre un cine móvil.

Le he respondido ya hace meses sobre su cine móvil. El Comité de Cine Educativo no tenía dinero alguno. Hoy esas cosas de cine educativo parece ser que las quieren adinar en Instrucción Pública. Dirijase a las Misiones Pedagógicas, donde tengo tan buenos amigos, que ya no me necesitan para que le conteste a usted satisfactoriamente.

Al conde de Torrijos, en Belgrado.

Querido Torrijos: Le espero a usted sentado en mi mesa, como al comendador de mi Orden. ¡Qué felicidad corresponder en nuestro Madrid a su amistad en nuestro Belgrado!

¿Tendrá usted ganas de ver esta España de su antepasado glorioso? ¿Es la misma? ¿Florece la sangre de Torrijos en la España actual? Usted mejor que nadie para la ardua sentencia. Usted: estampa romántica de otros tiempos—con su aire de fusilado en vida. Leí el otro día unas cartas de su mártir pariente. ¡Qué nobleza, qué unción, qué serenidad ante la muerte!

Estoy seguro que usted se mataría por una mujer, aun cuando sepa yo que son las mujeres las que se matan por usted. El caso es matarse por alguien y por algo—como hacen sus admirados servios. Y como no hacen ya sus queridos compatriotas, nosotros, los españoles.

A Adelia de Acevedo, en París.

Los libros de A. L. A.—distinguida amiga—para la Exposición de Bucarest están depositados en nuestra Legación de España, hasta primeros de año, en que se celebrará el bendito certamen. Si los desea antes—le ruego que transmita su deseo a nuestro ministro en Bucarest, señor Muguíro.

A Itzaki, en Salónica.

Me alegro que haya usted traducido a diez periódicos de América, Polonia y Palestina, mi artículo "Judaísmo, Catolicismo, Laicismo", publicado en este Robinson.

Yo quisiera favorecerle en sus propósitos de corresponsal. Crea que lo haré. Pero no olvide que España está pasando esa enfermedad típicamente balcánica: estado de crisis, la famosa crisis balcánica. Como se haga endémica entre nosotros, despídase de sus ilusiones y yo de las mías.

A un gaditano que pide maestría.

Pídame lo que quiera menos maestría, Juan José Fernández, de Puerto Real, en Cádiz. Pídame hasta dinero—como cosa difícil de dar en estos tiempos. Pero, ¡maestría! Eso a los maestros de nuestra literatura, tantos como hay. Jóvenes y viejos maestros, pedagogos casi profesionales de la maestría.

Se necesita ser ingenuo y desesperado como debe usted serlo para pedirme esas cosas. La maestría se vende. Compre usted un cuarto de kilo. Se vende en las Cooperativas del Gremio. Yo estoy desnudo. Tengo empeñada hasta mi conciencia. Si quiere la papeleta, es la única papeleta que puedo ofrecerle.

A Figuerola y Maurín, en Toulouse.

No he recibido nuevos números de su utilísima revista. Me alegra tanto que me estimen ustedes. Porque yo a ustedes les estimo. Esa es la amistad. No tengo retrato que mandarles a su Galería. Debería tenerlo para estos casos. Pero les autorizo a recortar de cualquier periódico una foto de obrero parado y poner debajo mi firma.



ALGUNOS LIBROS Y REVISTAS

QUE RECIBE Y AGRADECE EL Robinson Literario

El poder y el secreto de los jesuitas. de Fabop Mülller. (Biblioteca Nueva) -

degreco. de Jean Cassou (Riech) - Riego de Carmen de Burgos. (Biblioteca Nueva) -

El Marqués de Sade de Otto Floke (Ulises) -

Tres romanos del Cine de Arconada (Ulises) -

Un siglo de poesía belga de Castillo Najera (Labor) -

Monografía hispanoamericana de Ignacio Bauer (Ciap) -

Sims of New York (Stokes Company) - (Carnet Paris - Plans N.º 9) -

Antieuropa (Roma) -

The New Review. - Leo nardo - Der Gierschmitt

Die Bühne - El Trabajo

regu (Cent) - El Con

vegno - Contemporaneo

(Mou) - Literatur Welt

Revolution - Books Abroad

la Revue du Cinema - otros muchos que agradece otro día

Editores y autores: envíadme vuestros libros a Canarias 41, Madrid

Sumario del Robinson

Mi noche celular.—El Paseante en Cortes. El Gran Teatro de España.—Junto a la tumba de Larra.—Curso de Español para extranjeros.—Los Mammones.—Estilo jesuita en España.—Variantes sobre Azaña.—Lo social y lo socialista.—Nota a un periódico.—Madrid, ya es democrático.—El colaborador de periódicos en España.—Los Anteojos.—Charla de las dos banderas.—Teatro: El Embajador de los jesuitas y el de Cristo.—Toros: Belmonte en Jaca.—Cinéma: Las tripas del silencio español.—Modas: El sombrero isabelino.—Deportes: Atletas y máquinas.—Libros: Nuevo Méjico, antigua España.—Viajes: Macedonia.—Iniciativas: Las paredes secretas. Folletín: La feminidad en mi República. Conferencias: Los salvajes ibéricos.—Universidad: El Congreso de la F. U. E.—Cartita a Maciá.—Fortuna del Robinson.—Servicios de estafeta.—Libros y revistas en recepción. Anuncios del Robinson.

Handwritten advertisement for 'Anuncios del Robinson' listing various books and their prices, such as 'LAS ALAS DEL SATIRO' for 5 pesetas and 'ELUCIDIARIO DE MADRID' for 5 pesetas.

Advertisement for 'Robinson Literario de España' stating it is equivalent to a book and is available at 'LIBRERIA FE'.